

Acad.-II
Esp.-49

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

DON VALENTÍN GÓMEZ

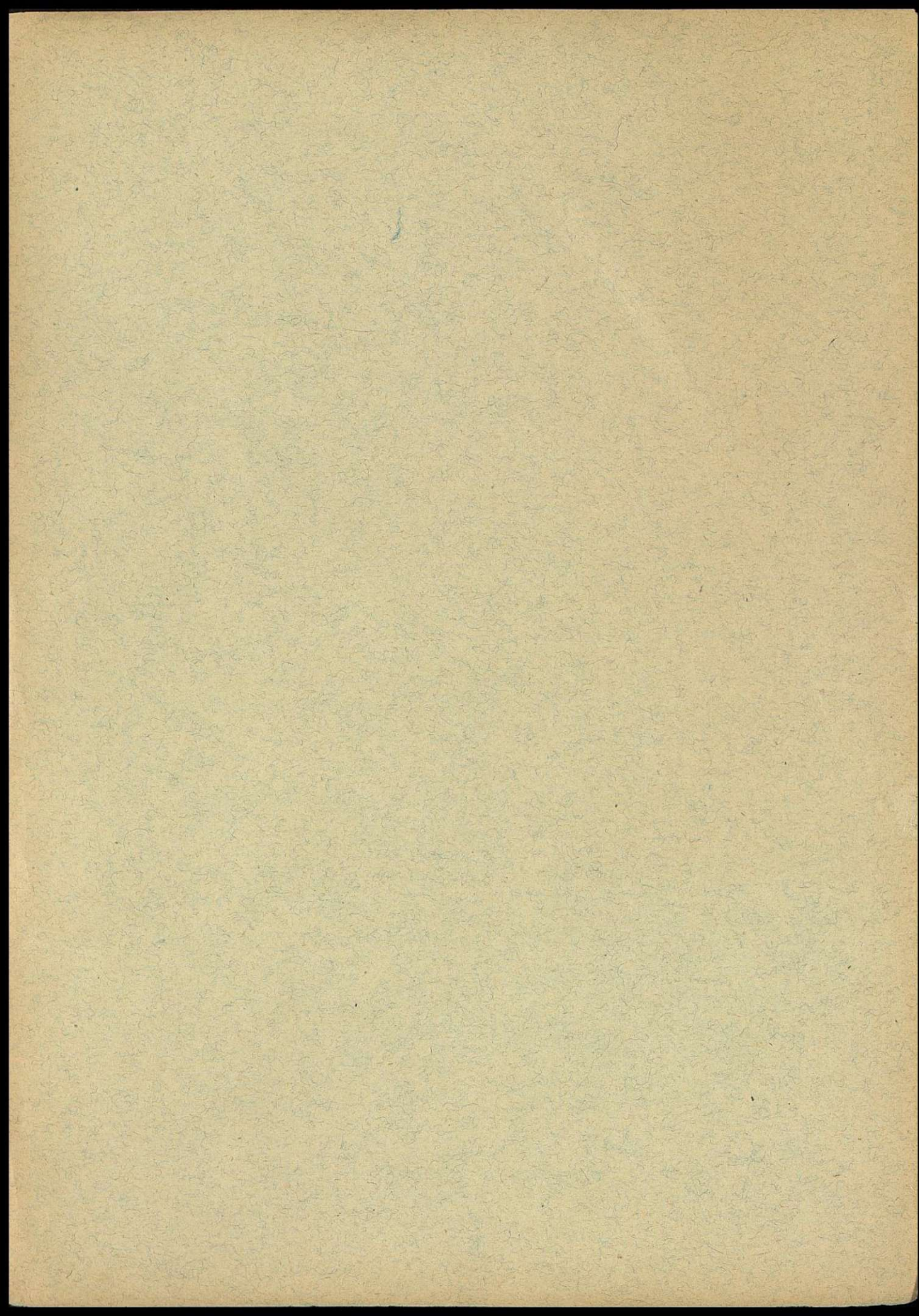
EL DÍA 9 DE JUNIO DE 1907



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS
Calle de las Infantas, núm. 42.

1907



R40670

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

DON VALENTÍN GÓMEZ

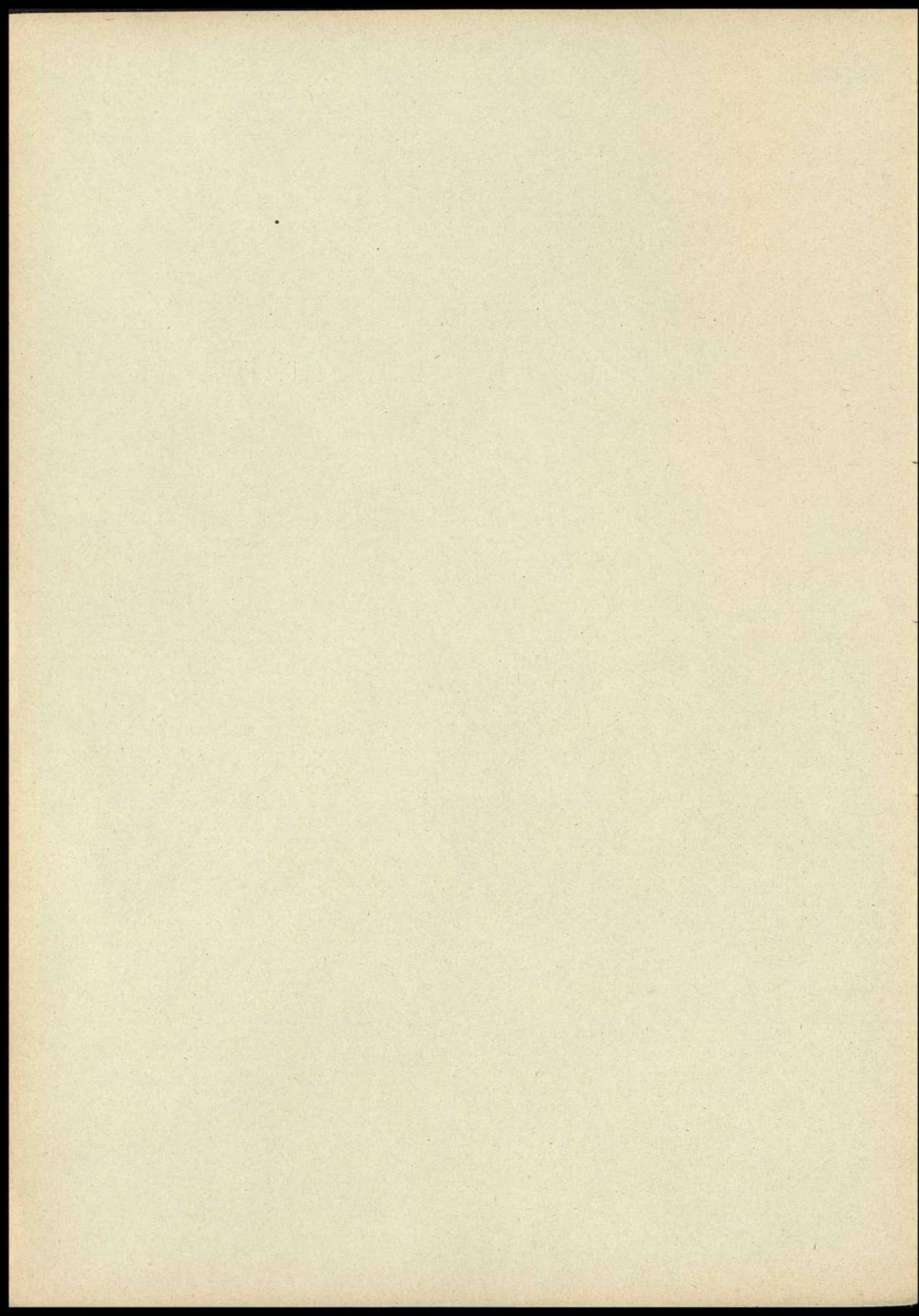
EL DÍA 9 DE JUNIO DE 1907



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS
Calle de las Infantas, núm. 42.

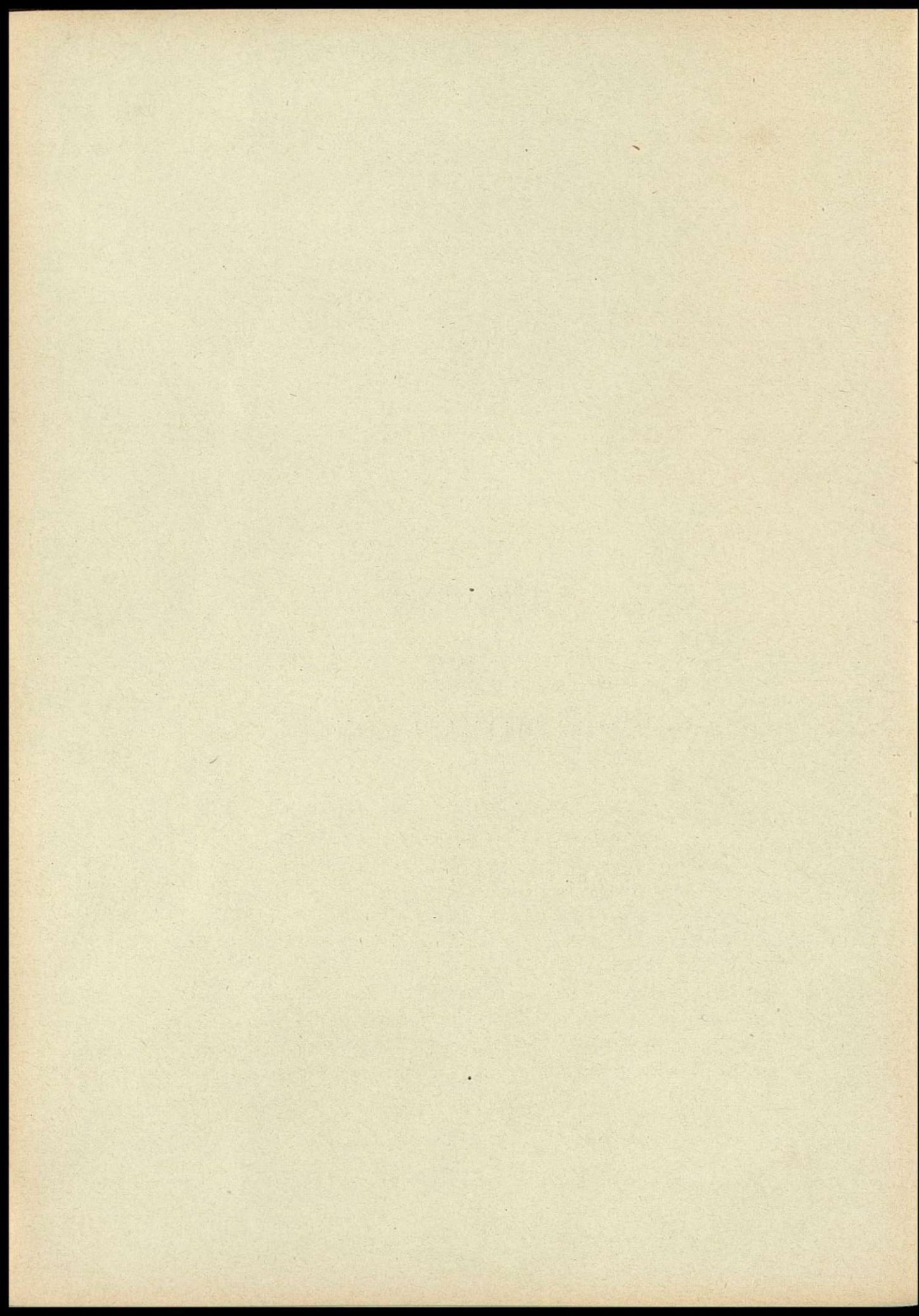
1907



DISCURSO

DE

DON VALENTÍN GÓMEZ



SEÑORES

No por la modestia, que es el don más precioso de los dioses, según el trágico griego, sino por el conocimiento exacto del propio demérito, debo comenzar pidiéndoos perdón por haberme atrevido á pretender el incomparable honor de ser vuestro compañero.

Los nombres gloriosos hallan presto cabida en esta Corporación ilustre que se complace en ornar las sienes de la juventud con los lauros del triunfo, cuando la juventud de los años es madurez del genio, ó la sabiduría y el estudio han dado al entendimiento aquella edad que conquista el respeto y la consideración de las gentes.

Mas cuando no se goza de esos privilegios, y el genio y la sabiduría no se adelantan á los años, entonces tenéis en cuenta la penosa y larga labor del tiempo, y á los antiguos cultivadores de las letras no les miráis tanto la ejecutoria de su fama como las canas que coronan su cabeza, y eso es tal vez lo que mueve vuestro ánimo para darles abrigo en este hogar augusto de la patria lengua.

Ya que no la virtud de la justicia, ejercéis entonces la virtud de la hospitalidad, ofreciendo relativo descanso á los fatigados caminantes de la vida literaria que, como los del desierto, después de jornadas penosas, sienten dicha inefable al reposar bajo las pal-

meras del oasis y al borde de los frescos manantiales que les compensan sobradamente de las angustias y peligros del viaje.

Vosotros habéis sido hospitalarios conmigo, porque visteis mi labor y mi fatiga, y con aquella majestuosa benevolencia que es propia de los espíritus soberanos, me habéis conducido á este oasis, invitándome á gozar de su rico y perfumado ambiente de saber y de cultura, y al tomar posesión del asiento que me habéis destinado en vuestra tienda, no os extrañará que, conmovido y tembloroso y pugnando por contener las lágrimas que quisieran asomarse á mis cansadas pupilas, este viejo luchador os dé las gracias y pida á Dios fervorosamente que no llegue un día en que os arrepintáis de haber compartido el pan y la sal con quien no debió nunca abandonar los tristes arenales del desierto y la compañía de sus más humildes caravanas.

Como si esto no fuese harto grave motivo de emoción y de inquietud, tengo que volver la vista á mis dos ilustres antecesores, D. Gabino Tejado, amigo y maestro mío, gloria inmarcesible del periodismo español, dominador como pocos de la lengua y de la métrica castellanas, dialéctico insuperable y vigoroso defensor del viejo espíritu nacional, y D. Federico Balart, prosista agudísimo y elegante y poeta de tan excelsa categoría, que al pensar que yo he de sentarme en el sillón que á él estaba destinado, la vergüenza se asoma á mi rostro, y hasta imagino que debiera renunciar honra tan grande, ya que en ocasiones como ésta más agobia que enaltece.

Verdad es que D. Federico Balart, como D. Gabino Tejado, fué periodista, y que á título de periodista principalmente vengo yo á sustituirles. Pero así como han sido periodistas tantos hombres ilustres que ocuparon los más altos destinos del Estado, los más elocuentes oradores parlamentarios, grandes jurisconsultos, novelistas y poetas, desde Pacheco hasta Cánovas del Castillo, desde González Bravo hasta Sagasta, desde Alarcón y Valera hasta Campoamor, Severo Catalina y Núñez de Arce, no olvi-

dando otros que, como Balmes, desde su modesta posición de sacerdote derramó la luz poderosa de su inteligencia por todo el mundo civilizado, sin que de ese oficio trabajoso y muchas veces obscuro quede apenas sino un breve recuerdo biográfico, así Balart, traspuesta ya la cumbre de la vida, halló en su alma lacerada la inspiración de los grandes líricos; y el aplauso universal, excitado por el asombro y por la coparticipación íntima de aquel hondo sentimiento de fe y amor palpitantes en estrofas maravillosas, le diputó por egregio poeta y borró para siempre la fama del periodista.

Él mismo quiso que así sucediese, pues en cierta ocasión, como algún periódico reprodujera un artículo de los pasados tiempos del escritor satírico y burlón de cosas respetables, dirigió un enérgico comunicado protestando contra la resurrección de escritos suyos que él deseaba ver definitivamente enterrados y olvidados.

Podía él, en efecto, prescindir para siempre de los lauros que le ofreció la novísima musa del periodismo, aun aquellos que le conquistaron renombre del primero de nuestros críticos de teatros, porque su gloria de poeta le abría de par en par las puertas de la inmortalidad, y á esta gloria, para quien una vez bebe el agua de Castalia, no hay ninguna otra comparable.

Y la suya, sobre todo. Yo declaro, señores, que pocos poetas han llegado más á lo profundo de mi alma que el gran poeta del dolor y de la esperanza.

Hijo de una época de combate y de duda en que la libertad del espíritu humano le hace vagar febrilmente por todos los valles y por todos los yermos, por todas las cimas y por todas las profundidades, combatió y dudó, como otros muchos de sus coetáneos, y la irritación de su mente agresiva puso en sus labios la blasfemia: la blasfemia tan horrenda como inútil, porque, apartando al hombre de Dios, no logra, sin embargo, librarse de Él: *Semper et ubique*, Él le persigue. Lo ha dicho Balart en forma portentosa:

De las estrellas blasfemé iracundo,
Por blasfemar de Dios hasta en sus huellas:
Y huyendo de Él y de ellas,
Me arrojé á lo profundo:
¡Y ahondé!.. ¡y ahondé!.. Y atravesando el mundo
¡Hallé sobre mi frente las estrellas!

Como aquel ojo de Caín de que habla Víctor Hugo en una de sus poesías, las estrellas de Dios brillan siempre sobre la frente de los mortales, aunque perforen el mundo por huir de ellas y de Él; y Balart, al verlas, á la hora misma en que la espina del dolor atravesaba su enamorado corazón, dobló sus rodillas, ocultó su rostro entre las manos, lloró, gimió, clamó, rezó, y sus rezos, sus gemidos y sus lágrimas se cuajaron, como ristra de perlas, en ese libro inmortal que lleva el nombre de su mujer y el de la historia del humano linaje, que es la historia del dolor: *¡Dolores!*

Herido él, supo herir también en lo vivo á una sociedad inquieta, triste, agobiada, que, en medio de los brillantes atavíos de su civilización material, siente un amargor en su boca blasfema y un decaimiento tan grande en sus fuerzas morales que, mal que le pese, tiene que reconocer la existencia de un misterioso Código penal que castiga perpetuamente el desorden ingénito de la raza, y cuyas aplicaciones providenciales arrancan idénticos gemidos á unos pueblos que á otros pueblos, á unas edades que á otras edades...

En la roca pendiente sobre el abismo
cruza el hombre los brazos y entra en sí mismo,
y duda, al ver el alma y al ver el mundo,
cuál de los dos abismos es más profundo.
Mas siempre halla en el fondo de entrambos huecos,
para iguales gemidos, iguales ecos.
Desde que el mundo es mundo con varios nombres
iguales desventuras lloran los hombres.

El problema del mal que nos cerca por todas partes, bajo todas las formas; el problema del Ser Eterno infinitamente bueno,

coexistiendo con ese clamor universal de los dolores del abismo y de los dolores de la tierra; la vida de ultratumba; las obras del amor divino desarrollándose en medio del odio y de la voracidad recíproca de los seres; cuanto perturba y ha perturbado siempre las conciencias de los descreídos y ha sido y es objeto preferente de los estudios de todas las escuelas filosóficas, aun de aquellas que suponen en la materia el principio y el fin de la vida y la razón única de lo que existe y de lo que puede existir; he ahí lo que Balart presenta á los ojos de su propia consideración cuando el infortunio ha desgarrado su pecho, y su golpe rudo, como el del acero en el pedernal, ha hecho saltar la chispa de la inspiración poética que no supieron despertar los días apacibles del amor tranquilo y venturoso.

Por la tragedia de su amor purísimo hacia el ángel de su hogar, el poeta surge lanzando gritos de angustia; mas no para blasfemar, no para negar como los poetas del pesimismo y de la desesperación, no para rebelarse contra el autor de su desgracia, sino para afirmar enérgicamente su fe en Él.

Existe Dios, existe, y en Él creo.
No es mentida ilusión de mi deseo.
¡Cuanto más iracundo
Cierro los ojos á la luz del mundo
Mejor su faz en mi conciencia veo!

Y no menos que su fe, afirma también su esperanza, engendrada por el mismo dolor que le rasga las entrañas; esperanza de un cristiano sincero que conoce la causa del mal y el papel que desempeña en el drama portentoso de la creación.

El dolor es la espina punzadora
que nos hace bajar la vista al suelo;
pero en las sombras del humano vuelo
él es también la mano redentora
que nos indica el cielo.

El dolor nos advierte
que encima de esa bóveda estrellada
hay un Dios justo y fuerte,
árbitro de la vida y de la muerte,
Señor del universo y de la nada.

Más aún: cuando el alma doliente vuelve á Dios sus ojos enrojecidos por el llanto,

Dios en ella sus dones multiplica,
y en luz la anega, y calma su amargura
y al fuego del dolor la purifica.

Y ¿por qué el dolor purifica el alma? ¿Qué relación puede haber entre el bien soberano y el dolor? Oid: oid al poeta cristiano, al pensador hondo, para quien no hay sombras en la solución de estos grandes problemas de la tragedia humana:

El dolor — ¡oh misterio! —
el dolor no es el mal: ¡es el cauterio
que á nuestra corrupción el cielo aplica!

Ni vale decir que la Justicia Divina ha de aplicar rigurosamente la ley al que la viola, ó que el dolor se prolongará sin fin ni término cuando el alma se haya desposado con el mal en vínculo indisoluble, porque la voz evangélica del poeta le saldrá al paso cantando la bondad de Dios y la esperanza que en ella debe depositar el hombre:

Atribulado espíritu ¡despierta!
Si á Dios acudes, la esplendente puerta,
límite de los ámbitos del cielo,
jamás cerrada encontrará tu anhelo:
¡Abierta está, de par en par abierta!
La puerta del abismo...
esa no la abre Dios: ¡la abres tú mismo!

Dios es el Sumo Bien: el dolor no es el mal. Todos los grandes dogmas cristianos que en la edad presente son combatidos con aquella cólera que enciende en nuestro espíritu el temor de

que sea cierto lo que nos espanta, inspiran á Balart cánticos admirables que durarán tanto como los siglos, porque parecen la repercusión de los Salmos davidicos y de los lamentos del Príncipe de Hus.

Cierto: amor humano fué la raíz de esa poesía dolorosa, pero llena de fe, de resignación y de esperanza; amor humano, sí, bendecido por Dios en sus altares, que al sentir el desgarrón de la muerte, y en la inquietud de la sentencia definitiva que puede condenar al ser amado á cruzar los umbrales de aquella puerta en la cual está escrito el terrible *lasciate ogni speranza* del poeta florentino, exhala un grito de abnegación sublime, que no sé si tiene semejante en ninguna lengua:

¡Oh! perdona, perdona si allá en tu altura
te ofenden los lamentos de mi amargura:
y, pues eres clemente, pues eres justo,
no se cumpla mi anhelo, sino tu gusto.
Oye tan sólo un ruego de mi agonía:
si ha de perderse un alma, ¡toma la mía!

Amor humano; pero ¡qué amor! Ha roto ya todo lazo de la carne y de la sangre, la mujer adorada,

Hoy en vil podredumbre convertida,
ya reconoce al polvo por hermano;

los ojos en que se miraba el esposo, como en el espejo de su felicidad; los labios, que destilaban la miel de su cariño; los brazos con que ceñía su cuello para hacerle más suave la áspera senda de la vida, todo aquel cuerpo querido,

Hijo del cieno y nieto de la nada,

ha vuelto á confundirse con el cieno... Mas queda el alma, y esa alma, que puede no ser feliz, es el objeto del amor fervoroso del poeta... ¡no! de la inmensa caridad, que ante la idea aterradora de que aquella alma que estuvo unida al alma del poeta pueda per-

derse para siempre, propone ese cambio de abnegación infinita... Extended ese amor á todo el género humano, y tendréis al místico medioeval que, por librar á los réprobos de las penas del infierno, se prestaba ante Dios á sufrirlos él solo por todos. Es uno de esos absurdos generosísimos que sólo se le ocurren al corazón del hombre cuando el amor rebosa por sus bordes y no tiene otro anhelo que la felicidad ajena.

La poesía ha tomado hoy rumbos tan extraños, que parece en los escritores llamados decadentistas ó modernistas algo como el delirio de un nuevo culteranismo inventado en una casa de orates; sería por eso cosa fácil y tal vez oportuna hacer un estudio comparativo entre los que ni piensan, ni sienten, ni riman, ni miden, y el poeta insigne que piensa como un gran filósofo cristiano, siente como un alma ebria de amor, y rima y mide y habla y canta como un maestro incomparable de la hermosa lengua de Garcilaso, de Fr. Luis de Granada y de Cervantes. Pero está Balart tan alto, que para ponerle siquiera al nivel de los decadentistas como término de comparación, sería preciso cortarle, por lo menos, lo que ellos han perdido: la cabeza.

Yo he leído en uno de esos decadentistas, dirigiéndose á cierto conspicuo de la escuela:

Duque de melancolías.
dame para mi jardín
tus primaveralerías
de lira y de violín.

¿Cómo pronunciar el nombre de Balart al oír esto? Ya me figuro verle romper la losa que le cubre, sacar su cuerpecito encorvado, mover nerviosamente su cabeza blanca y, alargando sus manos temblorosas, decir con su voz aguda é insinuante: traed, traed acá mis *Dolores* y mis *Horizontes*; traedlos acá y sepultadlos conmigo: no quiero que anden por ese mundo donde tales cosas se escriben y no se castigan.

No: no es para tales comparaciones, que real y verdaderamente serían odiosas y aborrecibles, para lo que deben citarse las soberbias poesías de Balart. Sus amarguras, sus ayes, atenuados por una fe ardentísima y una confianza absoluta, y no ciega, sino razonable, en la bondad y misericordia de Dios; su vida, rota por el infortunio y cantada y sollozada en versos inmortales, de tal manera arrancan de lo más profundo y trascendental del alma humana, que me han sugerido el tema de mi humilde discurso: lo trágico.

Haced, pues, mayor acopio de benevolencia, y oidme.

Lo afirma con insistencia Max Nordau: lo repiten y lo proclaman casi todos los escritores contemporáneos: corre un viento helado de tristeza y de disgusto del vivir por las capas todas de la atmósfera social, á pesar de los encantos de la existencia moderna; es tan general en los hombres que se clasifican modestamente de intelectuales tener lo que mi grande y venerado amigo Aparisi y Guijarro llamaba inapetencia del espíritu, que quien considere superficialmente las cosas no comprenderá que el arte sea hoy la viva representación de la carnalidad y el entretenimiento efímero de los sentidos.

Y así es, sin embargo. Se rechaza lo trágico: no se siente lo trágico: se dice que lo trágico ha pasado de moda, y que si la sangre se derrama alguna vez en los altares del arte no es porque abra las vísceras de la víctima la cuchilla del sacerdote, sino porque la pasión vulgar, la cólera, los celos, el despecho arman el brazo del homicida, objeto propio del veredicto de un Jurado.

Son delincuentes comunes los que eran ayer héroes de la escena, y aun de ellos conviene apartar la vista para regocijarla con el espectáculo del más desenfadado erotismo, que despierta el interés grosero de un público embrutecido por el hervor impuro de la carne.

Natural es que esto produzca tristeza y hastío. Cuando el hervor pasa y las cosas se ven como son en sí, sin el falaz aspecto que suele prestarles el apetito, y el espíritu no vuela hacia lo alto en las blancas alas del ideal, el hombre se entristece y se cansa, y como á los muelles habitantes de Sibaris, una hoja de rosa en el lecho los desvela, y como á los romanos de la decadencia, el hartazgo de los placeres les hace mirar con deleite el baño caliente en que, abiertas las venas y coronada la sien de rosas, el beso glacial de la muerte cerrará para siempre sus ojos aburridos.

Se ha cantado la alegría del vivir y se ha predicado el nuevo evangelio de la vida por la vida, sin otro fin que prolongarla lo más posible saboreando sus goces, refinándolos, universalizándolos y extrayéndolos, con los descubrimientos científicos, de las entrañas de la tierra, única madre y único dios. Esa alegría es incompatible con lo trágico, porque lo trágico es el fracaso de las ilusiones risueñas, y á combatirlo se encaminan los esfuerzos de los sabios y de los artistas para que el mundo sea un paraíso y la muerte— ya que no puede suprimírsela — una simple modificación del ser que vuelve á la materia y germina de nuevo.

Pero la experiencia de cada hora se ríe de esas predicaciones galanas, y el dolor moral y el dolor físico, las contradicciones, los desengaños, la ruina, el deshonor, la enfermedad y la muerte se levantan terribles sobre los fantásticos planes de una vida feliz en la tierra y, mal que pese á una sociedad optimista que se muere de tristeza, á una sociedad ávida de goces que sucumbe al cansancio y á la indiferencia, lo trágico flota y se impone en la existencia real, y flotará y se impondrá al fin en el arte, como la manifestación más grande, más verdadera y más profunda de nuestra naturaleza decaída y redimida.

Si pudiésemos penetrar con el entendimiento en el fondo de esta tristeza universal, veríamos seguramente una tragedia espantosa del espíritu humano en las luchas de nuestro tiempo. Se ha vertido la sangre á torrentes para derrumbar el mundo de ayer y

construir sobre sus escombros el mundo moderno, y cuando se creía que ya la sociedad nueva se había constituido definitivamente, iluminada por el astro bienhechor de la libertad y regida por el augusto y severo genio de la Justicia igual para todos, se alza en explosión formidable el alma irritada de muchedumbres hambrientas pidiendo, á lo menos, una parte alícuota del botín conquistado en las batallas de lo nuevo con lo viejo, y pidiéndolo á gritos, á puñaladas y á bombas... El terror se apodera de los vencedores de ayer; el desaliento cunde entre los más esperanzados y más enamorados de las grandezas indudables de nuestra civilización, y una pregunta brota de todos los labios, estremecidos de angustia: «¿Pero realmente ya no son posibles los paraísos terrenales?»

¡No! Sean cualesquiera los progresos de la ciencia y los triunfos que alcance en sus investigaciones de la verdad y en sus aplicaciones á la vida del hombre, el paraíso aquí abajo no nos abrirá de nuevo sus puertas, ni el ángel que las custodia depondrá jamás su espada de fuego para permitirnos gustar el fruto del árbol de la vida.

Los deleites pasajeros de la juventud y las victorias del talento y del valor, que hacen soñar con una inmortalidad mentida, no apartarán de nuestra frente la sentencia del dolor grabada allí por nuestra propia mano en los días primeros de la Historia.

Somos los hijos del dolor. Lo absorbemos en el pecho de nuestras madres; nos sigue, de cerca ó de lejos, en el camino de nuestra existencia, y por constantes que sean los halagos de la fortuna, la comedia del hombre tiene siempre un desenlace trágico.

Lo ha dicho nuestro gran poeta:

En el curso fatal de tu destino
será feliz ó mísera tu suerte;
pero siempre hallarás en tu camino
segura una catástrofe: la muerte.

Y del mismo modo que la vida del hombre, la vida de la humanidad, la historia entera de la creación que aprendemos casi al abrir los ojos á los primeros rayos de la luz, es una gran tragedia.

Diríase que toda inteligencia creada tiende por impulso irresistible hacia lo trágico.

Hasta en la región de los espíritus, apenas éstos salieron de las manos omnipotentes del Creador, quebrantan la paz y la armonía entre Dios y sus obras, entre la voluntad inmutable y las voluntades movedizas, y pagados de las excelencias sublimes de su hermosura, pretenden declararse dueños de sí mismos y luchan con monstruosa temeridad por no doblar su rodilla ante un Hombre futuro que ha de ser superior á ellos, porque ha de ser igual á Dios; igual á Dios quieren ellos ser también. Líbrase entonces aquel misterioso combate de que se habla en todas las religiones antiguas, y el desenlace de esa acción dramática, desarrollada aun antes mismo de que el hombre poblase la tierra, es un desenlace tremendo: el más trágico que puede concebir la imaginación de los Dante y de los Milton: ábrense con estrépito las esclusas del abismo; las aguas negras del mal y del dolor eterno lo inundan, y con ellas se precipitan millones de criaturas excelsas entre alaridos espantosos y gestos de maldiciones que hacen temblar las esferas celestes y fruncir un instante las cejas augustas y terribles de la Justicia eterna.

Mirad, señores, mirad dónde empieza lo trágico. Descended luego hacia la tierra; convertid los ojos á aquel lugar encantador que la poesía de la felicidad no ha podido describir en toda su belleza, á pesar de la inspiración del Homero inglés, y veréis al hombre romper también la paz y la armonía entre la voluntad soberana del Criador y la voluntad subordinada de las criaturas, y promover en la naturaleza toda un cataclismo que incesantemente repercute á través de los siglos en nuestra alma y en nuestra sangre, en nuestros odios y en nuestras desventuras, en las fieras de nuestros bosques, en los volcanes de nuestras montañas, en las

tempestades de nuestros mares, en la historia de los pueblos teñidos de sangre, en las miserables generaciones aniquiladas por la peste, en las ciudades destruídas por el terremoto, en los torrentes de lágrimas que han brotado de tantos ojos durante seis mil años, y que la tierra generosa, besada por el sol, ha convertido en flores y frutos para nuestro consuelo y nuestra esperanza.

La caída no basta; la perturbación de la naturaleza es todavía poco; la sentencia de muerte no ha de cumplirse por vez primera con arreglo á los términos ordinarios de la enfermedad y la vejez... El paladar humano empieza á sentir sed de sangre, y de sangre inocente... Caín levanta su brazo fratricida, y Abel riega la tierra con el jugo de sus venas, y los padres de la humanidad ven con terror que han engendrado la guerra y el exterminio de sus propios hijos, y que la serie de tragedias que ha de constituir la trama de la historia del mundo no concluirá si no en la hora tremenda de la desolación universal.

Desde aquel momento no se levantan ciudades sino por la fuerza; no se fundan patriarcados ni reinos sino blandiendo el hacha de piedra ó la lanza con espinas de pescado, ó aplicando los metales á la construcción de armas mortíferas. La imaginación se pierde al considerar cuántos y de qué índole serían las abominaciones de la raza adámica, sus vicios y sus crímenes, cuando el Creador mismo parece espantarse y arrepentirse de su obra, y con su voz omnipotente, resonando aterradora en los espacios infinitos, llama á los elementos y les manda destruir aquella carne abominable que había corrompido su camino. Rómpense las cataratas del cielo entre el rugir de la tempestad y de los vientos irritados; los habitantes de la tierra buscan la salvación en las alturas; pero las alturas son invadidas por las aguas, y los lamentos, los gritos de terror, las voces de angustia de madres abrazadas á sus hijos de sangre impura, de viejos asiéndose á los brazos y los hombros de jóvenes robustos que trepan por la montaña, apenas se oyen en medio de los cóncavos ecos de las aguas hin-

chadas por el furor divino, y tras de aquella lucha, única en el planeta, que representa los horrores todos de la destrucción y la muerte, la calma, más trágica todavía que el diluvio, extendiéndose sobre la mole inmensa y movable de los mares soberanos, reina en silencio bajo la bóveda azul, imperturbable y serena de nuevo, y sólo da señales de vida un punto que flota en el horizonte lejano, y que contiene el germen de la humanidad futura.

De estas escenas primitivas, conservadas más ó menos desfiguradamente en las tradiciones de todos los pueblos, surgió, sin duda, la idea de los sacrificios, enlazada con la del gran sacrificio que había de servir de cúspide á la historia del mundo.

No hay conciencia en toda la antigüedad que repugne el sacrificio sangriento como medio de aplacar la ira del cielo. Se encuentra en todos los pueblos, en todas las latitudes, en todas las edades, en todos los cultos. Se sacrifican los animales inofensivos; se sacrifican los hombres, y no se concibe que haya modo de torcer las fatales determinaciones del destino sin poner sobre el ara una víctima cuyas entrañas palpitantes, consumidas por el fuego, aparten el golpe del infortunio de la cabeza de los mortales.

El verdadero Dios, para probar la fe y la docilidad de su siervo Abraham, le manda que sacrifique á su hijo; y Abraham, rico, poderoso, feliz, que ama tiernamente á Isaac, no vacila: sube con él á la cumbre de aquel Gólgotha anticipado, y blande, sin temblar, el cuchillo parricida, como siglos después había de ver el Padre Eterno, con la severa tranquilidad de un Juez que restaura el orden al aplicar una pena, cómo expiraba en la Cruz el Hijo del Hombre.

Dios, sin embargo, no quiere que el hombre sacrifique al hombre; no quiere más sangre que la de su propio Hijo. Pero el hombre insiste, y carne de su carne llegará á sacrificar bárbaramente en momentos de trágica solemnidad: Agamennón sacrifica á su hija Ifigenia, como Jephthé sacrifica á la suya... De aquel atroz parricidio surgen otros no menos crueles: Clitemnestra matará á

Agamennón á su vuelta de Troya, en complicidad con Egisto, que á su vez recuerda que un Atrida dió de comer á su padre la carne de sus hermanos; Orestes asesinará á su madre; las furias perseguirán á Orestes... y así en los secretos del hogar como en los campos de batalla, en los templos como en los palacios, la sangre y las lágrimas formarán arroyos caudalosos que murmurarán en lastimeros quejidos la dolorosa historia de un infortunio generador de todos los infortunios, de un mundo que ha de ser escenario perpetuo de lo trágico, para que al fin la Justicia y la Misericordia cumplan sucesivamente el alto propósito de restablecer la armonía suprema en un desenlace postrero en que cada quejido será un cántico de amor y cada gota de sangre una piedra preciosa que embellecerá la corona de los elegidos.

Parecería natural que el hombre, al entregarse á los placeres de la imaginación y al sentir los primeros impulsos del arte, que es una ascensión hacia el ideal, apartase su vista de tales horrores y se complaciese en pintar aquellas escenas dulces, tranquilas y alegres que le distrajesen de las tristezas y amargas de la existencia. Pero el arte es imitación de la vida: el arte finge, no miente. Pese á todo idealismo pueril y falso, que pretende transportarnos á un mundo completamente extraño á la realidad, lo verdadero nos atrae y nos interesa con fuerza irresistible, y cuando el arte paseó su mirada de águila por todo lo ancho de la tierra, pudo recoger, sin duda alguna, tal cual canción de los valles y de los bosques, acompañada de trinos de pájaros y de arrullos de amor; mas nada le llegó tan á lo hondo ni exaltó tanto su espíritu de imitación como los acontecimientos trágicos que frecuentemente se ofrecían á sus ojos, no dando á todas las otras realidades sino el valor de episodios de un gran drama ó de descansos pasajeros de una marcha fatigosa, á cuyo término se encuentra indefectiblemente la catástrofe.

En épocas decadentes y corrompidas el arte suele ser un entretenimiento agradable. Toma de la realidad lo risueño, lo acci-

dental, lo cómico, y eludiendo sistemáticamente el desenlace definitivo, nos distrae de la seriedad fundamental de nuestro ser y de nuestro fin, y nos hace soñar durante algunos momentos con una especie de inmortalidad fútil, cuyo objeto se reduce á pasar eternamente el rato.

Mas cuando los pueblos conservan su naturaleza viril y llevan animosamente el sello siniestro en los blasones de su raza, no vuelven el rostro al infortunio, sino, antes bien, se gozan en su contemplación y aplauden y aclaman á los grandes artistas y á los poetas esclarecidos que immortalizan el dolor con las obras de su genio.

He ahí el origen de lo trágico en el arte, y particularmente de la tragedia escénica.

Coincide con los triunfos de Marathon, Salamina y Platea el esplendor del genio trágico de Grecia, como empieza Inglaterra á ser grande cuando Shakespeare estremece al público inglés con las espantosas escenas de su *Macbeth*, de su *Hamlet* y de su *Ricardo III*, y España siente germinar en su seno ese gran imperio de los Reyes Católicos cuando se publica la rufianesca y desvergonzada *Celestina*, que no pasaría de ser una admirable pintura de malas costumbres si en sus últimos actos no estallase la trágica tempestad de la muerte arrebatando á aquellos dos amantes que parecen presagiar á los de Verona. España vence en Lepanto, contando entre sus héroes al que escribió la *Numancia* antes que aquella tragedia de la caballeridad que se llama el *Quijote*, y es todavía la primera nación del mundo cuando el genio de Lope arroja á millares sobre la escena todos los asuntos trágicos antiguos y modernos y crea la comedia de capa y espada, donde lo cómico suele andar á vueltas con los lances sangrientos del honor puntilloso.

La Francia de Luis XIV se recrea con la brillante y elegantísima reproducción del teatro helénico por los gloriosos poetas que immortalizaron aquel siglo, y los valientes soldados que en Rocroi

rompían por primera vez las líneas de nuestros tercios y daban á Europa el derecho de respirar libremente convenciéndola de que nuestra infantería no era invencible, seguían en la corte del gran Rey con interés vivísimo las angustias de *Andrómaca*, los amores insensatos de *Fedra*, la noble confianza del desventurado *Británico*, la lucha y el martirio de *Poliuto*, las perfidias de *Atalia*, las tiernas inquietudes de *Esther* y la lucha sostenida por Jimena con su propio corazón enamorado del matador de su padre.

Schiller respondía al ansia regeneradora de Alemania con sus grandes creaciones trágicas, *Guillermo Tell*, *Vallestein* y *Fiesco*, más aún que con su *Historia de la guerra de los treinta años*, y Goethe no se contentaba con menos que con inmortalizar en el arte al gran trágico del abismo, al espíritu del mal, á la hora misma en que su raza quería sacudir todos los yugos y alzarse con la primacía de Europa en las letras y las armas.

Es que realmente las generaciones belicosas, ora presencien las escenas terribles de la guerra, ora con su relato distraigan el ánimo y despierten la admiración por los héroes que mil veces han expuesto su vida y han derramado no pocas su sangre, no hallan placer más propio de su alma fuerte avezada á las catástrofes que su representación en el arte y particularmente en la obra dramática.

Quizá no puede explicarse de otro modo lo que se llama la gloria militar. Hombres que naturalmente son inofensivos, y por lo común bondadosos, corteses, amables y magnánimos, empuñan la espada tras una bandera que significa patria, religión, honor, monarquía, ó no más que dignidad de cuerpo y respeto al uniforme, y á la hora del combate nada es tan gustoso para sus ojos como la sangre del enemigo, nada mueve su entusiasmo como ver que vuelan pedazos de cuerpos humanos con las astillas de un buque que una máquina traidora ha lanzado al espacio para hundirle luego en el fondo de las aguas, ni nada le reviste con el nimbo envidiable del heroísmo como enseñar sus heridas



causadas por las armas de los vencidos que, al sucumbir en la pelea, llevaron el luto y el dolor eterno al seno de su hogar, y á la patria la aflicción, acaso la ruina, la vergüenza siempre.

Grandes se llama á las naciones que vencen en el campo de batalla, grandeza amasada con sangre humana que el arte inmortaliza; grande fué Roma por las victorias alcanzadas con el hierro; grande fué Cartago cuando su Aníbal destruía las legiones consulares en Cannas; grandes han sido los hombres que al frente de los ejércitos han recorrido el mundo sembrándolo de ruinas y cadáveres, llámense Alejandro ó César, Atila ó Gengiskan, Mahometto ó Napoleón, y tanto mayor es su grandeza cuantas más veces han vencido, cuantas más vidas han arrancado á los pueblos enemigos y á los suyos propios.

Para que Aquiles sea grande no basta que salga de su tienda, que la estela luminosa de Minerva brille en lo alto de su frente como rayo de la divinidad; que su voz terrible espante á los troyanos y los haga huir de las trincheras de los aqueos: es preciso que la ira y el dolor ante el cuerpo inanimado del amigo le exalten el ánimo, y después de cansar su brazo matando héroes enemigos, vaya en busca de Héctor, y le persiga y le acose y le alcance y le mate y traiga arrastrando sus despojos como bárbaro trofeo de la victoria.

Apacible y risueño es el placer que sentimos al contemplar las líneas purísimas y tranquilas de Apolo del Belvedere y de Venus púdica; pero ¡ah! ante el grupo de Laoconte y de sus hijos se nos figura ver, con terror trágico, á la humanidad retorciéndose bajo los anillos de esas dos serpientes enroscadas á nuestro corazón, aun en las horas mejores de nuestra vida: el dolor y el remordimiento.

Lo que engrandece las figuras y las cosas y aviva el interés de los sucesos es lo más trágico, así en la realidad como en el arte, siempre que la repugnancia no ofenda los ojos ó revuelva el ánimo. Sin las lágrimas de Príamo y las desventuras de su regio palacio,

¿qué sería la *Iliada*? ¿Qué sería la *Eneida* sin los amores desastrosos de Dido? ¿Qué sería la *Divina Comedia* sin el Infierno? ¿Qué el Romancero del Cid si la figura del héroe castellano no se irguiese victoriosa sobre el sangriento pedestal formado por los cadáveres de sus enemigos? ¿Qué inspiró la mente enardecida del Tasso sino el heroico horror de las Cruzadas y la fantástica cooperación de los genios infernales que esculpió el poeta con buril de oro en versos de diamante?

¿Y qué decir del *Paraíso* de Milton? Ese glorioso monumento de la literatura universal, ¿qué es sino la tragedia del cielo y de la tierra, la expresión sublime del origen del mal y del dolor, en lo alto de las moradas eternas como entre las frondas virginales del Edén, en el principio de los seres inteligentes como en el desarrollo de la Historia humana presentada á los ojos de Adán en aterradora perspectiva? Todas las rebeldías, todos los infortunios, todos los crímenes están allí condensados bajo la forma de un arte maravilloso cuyo trágico relampagueo asombra nuestros ojos á la vez que ilumina el camino de la paz futura con el triunfo de la Redención y de la Justicia.

Allí surge el dolor, del cual se derivan todos los dolores de la tierra y del averno.

Cuando el arcángel Miguel, en combate singular con el audaz rebelde, le atraviesa las entrañas y le hace rodar vencido, el poeta dice:

Satán sintió el dolor por vez primera.

Era el dolor del vencimiento y la desesperación, no el dolor que purifica y ennoblece, reservado para aquel Mesías que en el mismo poema fulgura triunfante sobre su carro de oro determinando la derrota definitiva de los ejércitos del mal. Pero, en fin, era el dolor que hacía su aparición en la obra divina para que la ley eterna reciba su sanción en el que la viola. Era el dolor, era el aliento trágico que la humanidad había de respirar más tarde á través de todos los siglos hasta en sus sueños de grandeza y de gloria reali-

zados por los genios de la guerra y del arte. ¿Y qué sería sin eso el *Paraiso perdido*? El fugaz idilio de la primera pareja humana que pierde su felicidad cuando quiere apurar de un sorbo la copa del placer vedado.

Supongamos que Medea no mate á sus propios hijos para vengarse del abandono de su esposo: sería un personaje común, sin la magnitud aterradora de la tragedia; una esposa triste y desechada, como tantas otras, cuyas penas difícilmente podrían importarle á un público de almas viriles.

Las brujas, al anunciar á Macbeth que será Rey, prenden fuego á su ambición; Macbeth mata á su soberano, que es también su huésped; es un asesinato vulgar; pero Macbeth *ha asesinado el sueño*, y él y su mujer no verán ya el sol sino enrojecido por la sangre, y sus manos manchadas de sangre perpetuamente irán agigantando hora por hora el espantoso regicidio. Banquo asesinado también, aparecerá en la silla del festín á la vista de la conciencia del criminal... Sin la sangre renovada, acrecentada, convertida en un mar insondable por el remordimiento, no sería tragedia *Macbeth*, sería un asunto de crónica judicial ó de criminología periodística.

Hamlet, el Orestes de Dinamarca, necesita vengar á su padre, asesinado, como Agamennón, por su esposa y su cómplice. Hamlet nos seduce, nos atrae, porque nos muestra el estado de su espíritu, que es más trágico todavía que el asesinato cuya venganza va meditando lentamente. Ha visto la sombra de su padre: el misterio de la muerte le perturba y absorbe su espíritu entero, y le hace medir y pesar toda la extensión de su desgracia... Su padre murió á la salida de una orgía: ¿qué habrá sido de su alma? ¿La habrán matado eternamente sus asesinos, como mataron su cuerpo?... Hay un instante en que el hijo vengador, espada en mano, va á atravesar el pecho á su padrastro... Pero éste, de rodillas, está rezando. Muriendo entonces, ¿no podría salvarse? Salvándose, ¿á qué quedaba reducida la venganza de Hamlet?

Hay que esperar otra ocasión: la hora llegará en que la tragedia sea completa: morirá en la plenitud de sus maldades. No ha podido imaginarse nada más trágico que esto, y por lo mismo, nada más interesante, más conmovedor, más grandioso en el arte dramático del mundo.

Hay un período singular en la historia moderna de la nación francesa. El exceso de la gloria había desvanecido á sus grandes clases sociales: la corrupción de costumbres y de organismos en otro tiempo respetables y puros, habían vulgarizado la idea de que la vida se había hecho exclusivamente para el placer y el buen humor: reíanse las gentes con las comedias intencionadas de Molière y de Beaumarchais; pero Voltaire, ingenio peregrino y poeta excelso, aunque malévolo y mentiroso, quiere continuar la tradición de Racine y de Corneille y da al teatro tragedias tan admirables como *Merope*, que entusiasma al docto jesuíta P. Tourne mine, y otras menos bellas como *Electra*, pero que interesa á los espectadores de tal modo que, en medio de sus aplausos, el mismo Voltaire se levanta de su asiento y grita: *¡Animo, atenienses! ¡Eso es Sófocles!*

Y es que la Francia del Regente y de Luis XV conservaba todavía el gusto serio por las emociones trágicas: su corrupción no había llegado á lo profundo de las entrañas, no la había afeminado ni acobardado. Sabía mirar frente á frente el dolor y la muerte, á pesar de los amorcillos livianos y las bellezas desnudas que poblaban los jardines y bosques de Versalles.

Molière y Beaumarchais podían distraer algunas noches á un público dispuesto á reirse de sí mismo y á burlarse de sus propias creencias y tradiciones; pero Racine, Corneille, Crevillon y Voltaire le atraían con atracción más violenta é irresistible; la escena palpitante de horror conquistaba su espíritu y sus ojos, hambrientos de carne humana, y ved ahí cómo se enlaza la ficción de la tragedia artística con la realidad de la tragedia política que en

aquel mismo siglo había de presenciar el mundo espantado ante el incansable crujir de la guillotina.

No se explican los años del Terror por el simple móvil del fanatismo ciego ó de la perversidad humana. Aunque os parezca extraña y acaso excesivamente original esta apreciación mía, yo creo que en aquella serie no interrumpida de crímenes, que en las matanzas de Septiembre, que en la ejecución del Rey y de la Reina, que en los asesinatos en montón de Nantes, que en el contar espantoso de las calceteras, que en las carretadas de víctimas inocentes, que en el canto de los girondinos al ir al patíbulo, que en la tranquilidad de tantas mujeres jóvenes y hermosas ante la cuchilla automática, que en la hazaña de Carlota Corday como en los artículos feroces de Marat, había un fondo de belleza trágica que arrastraba á la multitud hacia la muerte, como la fiebre que en el ardor de las batallas arrastra á los soldados al menosprecio completo de la vida.

Fué aquella una tragedia como no se ha visto otra en la historia política de los pueblos civilizados. Se mascaba la sangre á toda hora: se respiraba la muerte, y yo tengo por seguro que no pocos de aquellos terroristas, sin excluir los que formaban el implacable Comité de Salud pública, una vez pasadas aquellas circunstancias, se asombrarían ellos mismos de lo que habían hecho.

Pero la tragedia no termina con el Terror. La guillotina húmeda deja su lugar á la guillotina seca: hay un período en que la tragedia se convierte en drama: la época de las deportaciones, de las expoliaciones, de las miserias del Directorio... Es una especie de entreacto, durante el cual parece que se visten, para aparecer terribles y deslumbradores en la escena, el intérprete más grande de la tragedia fingida y el héroe más asombroso de la tragedia real: Talma, que hace sentir al público las emociones sublimes del *Edipo*, del *Orestes*, de *Otello* y *Hamlet*, y Napoleón, que escala rápidamente la cumbre de una grandeza no comparable con ninguna otra de la Historia de los conquistadores.

Es singular esta circunstancia. Los dos trágicos se entendían y se estimaban recíprocamente. Reproducía el uno, con naturalidad y nobleza incomparables, los héroes antiguos en las obras escénicas: Horacio, César, el Cid... Tenía el otro por modelo á los más famosos Capitanes del mundo: á Alejandro y á César... La sangre fingida que se derramaba en la escena entre los acentos conmovedores del actor, llegaban al alma del público, que aplaudía con entusiasmo á quien le aterraba artísticamente con el espectáculo de los crímenes y los dolores del ser humano... La sangre verdadera que en copiosos torrentes derramaba el Caudillo corso en los campos de Italia y de Alemania, en las estepas de Rusia y en las llanuras de Castilla, encendía igualmente el entusiasmo del público, del público que ofrecía á todas horas aquella misma sangre en que fundaba su gloria.

— Venid á Erfurt — le dijo Napoleón á Talma —: allí vais á representar delante de un público de Reyes.

Y fué Talma á Erfurt, y los Reyes vencidos que formaban la corte de Napoleón aplaudieron al actor que fingía las tragedias, como aplaudían, mal su grado, al Capitán maravilloso que las había realizado tantas veces pulverizando tronos, cambiando dinastías, sometiendo pueblos y sembrando de cadáveres toda la superficie de la Europa continental.

Como Napoleón mandó á Talma que fuese á Erfurt á representar tragedias, pudo invitarle también á ser espectador de las que él representaba á lo vivo; pudo llevarlo á Austerlitz y á Jena; pudo llevarlo á Leipzig y á Eylau, y Napoleón, victorioso en unas, vencido en otras, le hubiera señalado con la mano el modelo aterrador de donde toma el arte sus creaciones... el hombre en sus feroces contiendas; el hombre sacrificando al hombre; el hombre revolcándose en su propia sangre, pensando tristemente en sus amores perdidos, dejando tras de sí corazones lacerados para siempre, extendiendo el horror de su tragedia á los seres que constituían su felicidad y su porvenir... la tragedia eterna que, en el

arte como en la historia, en la escena como en la vida, se lleva tras de sí, por misteriosa inclinación de nuestro espíritu, el interés palpitante de todos los pueblos antiguos ó modernos, salvajes ó civilizados.

Ni en la mitología ni en la leyenda hay personaje más verdaderamente trágico que el amigo y protector de Talma. Esquilo hubiera hecho de él un nuevo Prometeo. Quiso robar el fuego de la libertad á las naciones europeas; el fuego sagrado á las conciencias; el fuego del amor á los hombres, convirtiéndolos en rebaño para el matadero; elevó á los tronos de las antiguas monarquías á modestos individuos de su familia, y de pronto, el airado Zeus le entrega á Iphesto para que lo encadene en las rocas del Cáucaso, y allí gime y allí sucumbe, sin que las Oceánidas vayan un momento siquiera á consolar sus penas ni á rogar por él á la implacable divinidad.

Talma, que vivió poco más que él, hubiera podido exclamar con el héroe de Esquilo, recordando el infortunio de su amigo el Emperador:

«¡Oh, divino Zeus, auras alígeras, fuentes de los ríos y perpetua risa de las marinas ondas; tierra, madre común, y tú, ojo del sol omnividente; yo os invoco, vedme cuál padezco, dios como soy, por obra de dioses!»

También en nuestra Patria, el arte y la realidad coincidían por entonces en el terror trágico, conmoviendo á un pueblo que había de emular las glorias de Covadonga y los horrores de Numancia, poco después de aplaudirlas con entusiasmo en la escena al Talma español, al insigne Isidoro Máiquez, discípulo glorioso del maestro francés.

Máiquez representaba comedias y sainetes, y solía regocijar á los espectadores con obras ligeras traducidas por los que no encontraban nada digno de estima fuera de lo que se producía al otro lado de los Pirineos. Pero el pueblo de Carlos IV no era, como algunos suponen, un pueblo degradado ni envilecido. La

decadencia intelectual ocasionada tal vez en gran parte por los que se empeñaban en *européizarnos* á la fuerza, prescindiendo de la entraña de nuestra nacionalidad histórica, y creyendo que la fría imitación del clasicismo francés era preferible á la florescencia espontánea del ingenio nacional, no amenguó en lo más mínimo la enérgica y el vigor de nuestro carácter.

Aquel pueblo, que daba escasa importancia á las obras cómicas que se representaban en el Príncipe y en la Cruz, llenó el teatro y aplaudió con frenesí al actor insigne que le estremecía en Orestes, en el Polinice de *Los hijos de Edipo*, en Cayo Graco, cuya madre entregaba á su hijo el puñal con que había de atravesarse el corazón, en el Bruto de *Roma libre* al sacrificar á sus propios hijos por la libertad de la Patria, en el Caín de la *Muerte de Abel*, en Nino, en Otello, en Macbeth, en Romeo, en el Orosman de *Zaira*, en nuestros dramas antiguos, como *A secreto agravio*, *García del Castañar*, *El pastelero de Madrigal*, en la tragedia *Numancia*, de Áyala y Saviñón, y, por fin, en el *Pelayo*, de Quintana, que, á pesar de la frialdad y languidez de la acción, producía en el público arrebatos y explosiones de patriotismo, precisamente en 1805, poco antes de que la realidad viniese á sacudir con emociones más fuertes todavía el alma briosa de los españoles que celebraban el talento y la sensibilidad trágica del actor insigne.

El Dos de Mayo presenció Madrid una tragedia espantosa. Un pueblo generoso, persuadido del engaño de que era víctima, se levanta irritado contra los falaces amigos que, so capa de huéspedes, iban á ser tiranos, y el plomo francés siembra de cadáveres las calles de la villa, cadáveres de hombres, mujeres y niños, y resonando aquellos bárbaros estampidos hasta en los más apartados rincones de la Península, álzase un clamor de guerra y de venganza, que hubiera estremecido al mismo Coloso napoleónico si los halagos de la fortuna no le hubiesen puesto en aquellos instantes una venda en sus ojos de águila.

Historias y leyendas, artes y letras han inmortalizado la epopeya de la Independencia. El pueblo, que había aclamado entusiasta los sonoros y patrióticos versos del *Pelayo*, siente renacer un Pelayo en cada uno de los leales españoles que combaten al invasor arrogante y descomedido. La tragedia real parece una continuación de la tragedia fingida; los Máiquez son guerrilleros que no se mueren ni matan de mentirijillas, como le dijo al célebre actor un torero no menos célebre en la Plaza de Madrid, sino Pelayos de carne y hueso que, á veces, en el furor de la acción trágica, enloquecidos por la lucha y por la sangre, no se contentan con matar en el campo de batalla, sino que aniquilan al enemigo donde lo encuentran, solo ó acompañado, con armas ó sin ellas, borracho ó en sus cabales, despierto ó dormido.

Cada pueblo y cada monte es un escenario donde se ejecutan, durante cinco años, las escenas más terribles de la obra trágica del patriotismo español. El agrio sabor de la tragedia había excitado todos los paladares, y la muerte y la sangre producían una especie de deleite estético, más hondo, más fuerte que el de las ficciones del arte.

Terminada la guerra con las gloriosas jornadas de Vitoria y San Marcial, queda, en medio de las alegrías del triunfo, el hábito y el gusto de los horrores humanos. En la política comienza el hervor de las pasiones á disponer los ánimos para nuevas y más dolorosas tragedias, las tragedias fraticidas, y mientras Máiquez se despide para siempre del teatro, y aun del mundo, con la nueva representación de la *Numancia*, que enardecía á aquella generación testigo de las defensas de Zaragoza y de Gerona, el género melodramático, precursor del romántico, atrae á la multitud á los coliseos, que no se harta de presenciar los más espantosos sucesos, revestidos, más ó menos hábilmente, con las galas de la poesía y de la escena.

Oíd sobre este punto lo que uno de vosotros, ilustres académicos, dice:

«El público español, al igual del de París, venía concediendo desde antes del año anterior, mucho aprecio á estos dramas espantables que prepararon el advenimiento del romanticismo, al cual pertenecen en cierto modo. Al vulgo de los espectadores nada le importaba la moral, siquiera poética, del asunto, ni la lógica en su desarrollo, ni el sentido común en los caracteres; quería sorpresas, emociones fuertes, prisiones, sangre y horror por todos lados. No en vano, durante más de veinte años, venía Europa entera presenciando actos de tanta ó mayor ferocidad que los que los melodramas ponían á la vista. Los odios de clases, políticos y religiosos, entre los franceses dieron largo asunto á las mayores tragedias en el curso de su célebre revolución: las inicuas invasiones de Napoleón en casi todos los Estados, con su cortejo de actos vandálicos, provocaron una sacudida en igual sentido en pueblos antes bien pacíficos, como España. Es difícil hoy formarse idea clara del odio que en nuestros abuelos causaba la presencia del enemigo: el soldado aquel de la pieza dramática escrita por *un fraile murciano* que después de la batalla de Bailén se presenta con un corazón de francés chorreando sangre entre los dientes, nos indica cuánto había descendido hacia la crueldad el alma de los españoles, crueldad saludable tal vez en aquellos tiempos, pero que trascendía ahora hasta las más sencillas expansiones del espíritu.

»Algunos escritores quisieron ridiculizar esta perversión del gusto en asuntos literarios, como más adelante otros lo intentaron con las exageraciones románticas; pero semejante llamamiento al buen sentido no tuvo por el pronto feliz éxito» (1).

Ni era posible que lo tuviera, ni jamás ningún poeta satírico ha logrado desviar al público de esa afición á las cosas terribles, hasta en sus más absurdas exageraciones, fuera de alguna época breve de afeminación ó de mercantilismo.

(1) Emilio Cotarelo: *Isidoro Máiquez*.

No lo era aquélla por cierto. El romanticismo, con sus puñales y sus venenos, correspondía exactamente á un tiempo en que caían ó se tambaleaban de nuevo los tronos y estallaba en España una guerra civil, cuyas negras banderas ostentaban la terrible leyenda *Sin cuartel*, para que el vencido supiese que no tenía esperanza de salvación; asomaba á poco su cabeza de Gorgona el socialismo y Europa se estremecía una vez más ante el genio siniestro de la rebelión que aleteaba sobre las naciones todas del antiguo y del nuevo Continente.

No transcurrieron muchos lustros sin que volvieran á reproducirse las trepidaciones de la pasión en las contiendas internas de la Patria y estallase otra vez el volcán, y la lava del odio y la sangre de los hermanos inundase nuestros campos y nuestras ciudades, y entonces, ¿no lo recordáis?, reaparecieron en nuestra escena los acentos vigorosos de lo trágico que vibraron como clamor de guerra en los dramas terribles de nuestro gran Echegaray, interpretados por la inspiración prodigiosa de Vico y el talento incomparable de Calvo, artistas que al morir *ab intestato*, se llevaron á la tumba el secreto de conmover y arrebatarse al público con las más enérgicas manifestaciones del sentimiento humano.

¿Pasaron esos tiempos para siempre? El mundo de hoy, ¿ha vuelto definitivamente la espalda á lo trágico? Nuestra decadencia moral, nuestro espíritu enervado y triste, ¿tiene, por ventura, horror tan invencible á lo trágico, que el arte se limitará, en adelante, á recrearnos con los aspectos más lisonjeros de la vida, apartando resueltamente del alcance de nuestros ojos todo cuanto pueda distraerlos del goce bucólico de una Arcadia perpetua? Los gritos del dolor, ¿no volverán á herir nuestros oídos delicados? La muerte misma, ¿no será ya otra cosa que una transición dulce y apacible, ó una extinción gradual y tranquila de las funciones vitales semejante al sueño? ¿Volveremos, en fin, á aquel período de la historia contemporánea de Francia, en que el arte de Offenbach, expresión genuina y adecuada de una sociedad

ligera y amiga de todos los placeres degenerativos, era el único que animaba á los soldados cuando iban á combatir á la frontera para rendirse luego desfallecidos en las plazas de Sedán y de Metz?

¡No! Ni la vida ni el arte se divorcian, ni se divorciarán jamás de lo trágico.

No se contentaban los romanos con las representaciones de Séneca, sino que á lo vivo se ofrecían en la escena del Coliseo aquellas luchas de fieras y gladiadores en que las mismas vestales solían volver el dedo pulgar para que el vencedor hundiese su acero en el corazón del vencido.

Tenemos hoy nuestras luchas del hombre con las fieras en lo que se llama nuestra fiesta nacional; existe en todas partes, bajo una ú otra forma, la lucha del hombre con el peligro como espectáculo emocionante y artístico: el boxeo, las carreras de caballos, los ejercicios gimnásticos á gran altura, la aerostación, el vértigo de la velocidad en el automóvil, que no interesan sino porque están constantemente bordeando la catástrofe. Los crímenes suelen ser el atractivo principal de los periódicos más leídos; el público acude numeroso y anhelante á las ejecuciones de muerte, cuando le es permitido presenciárlas. Nunca las guerras se han hecho con menosprecio más absoluto y cruel de la vida humana, ni los campos de batalla, ni las aguas del mar han sorbido nunca raudales de sangre tan copiosos como en las guerras contemporáneas. Los descubrimientos de la química parece que sólo tienden á emular la potencia destructora de los volcanes en erupción, y si hoy no se repiten naufragios como el de la *Medusa*, que el arte ha inmortalizado en el lienzo, los acorazados que se hunden de pronto, los trenes que arrastran al abismo centenares de personas, dan harto motivo para afirmar que el elemento trágico no ha desaparecido de entre nosotros y, mal que pese á nuestro optimismo y á nuestra comodidad, ese elemento sigue constituyendo lo más interesante de la vida y del arte, porque es el elemento generador de nuestra raza que cayó en el principio trá-

gicamente, y trágicamente fué redimida en aquel patíbulo glorioso por donde corre la sangre divina, cuyas olas inundan los altares y se derraman sobre la frente de todas las generaciones llevando la salvación y el amor hasta los últimos confines de la tierra.

Y acaso, señores, se encuentre en este suceso alrededor del cual gira la creación entera, la causa misteriosa de que sea lo trágico lo más interesante, lo más alto y lo más hondo en el arte, como lo es en la vida.

El Hombre perfecto en quien no cabe siquiera la sombra del pecado, porque está unido hipostáticamente á Dios, es el ejemplo acabado del dolor. Varón de dolores se llama á sí mismo, y siendo la Inocencia y la Justicia en persona, fuente de bien para todos, y principalmente para los pequeños y los desgraciados, se entrega en manos de sus enemigos, sufre los tormentos más atroces y muere en una cruz, entre rasgaduras y temblores de tierra, eclipses de sol, rompimiento de sepulcros, resurrección de muertos y asombro y terror de sus propios verdugos. Era aquella tragedia el punto culminante de la historia del mundo. Desde el primer suspiro, la primera lágrima y el primer crimen del hombre hasta el último suspiro, la última lágrima y el último crimen formaban allí, en la cima de aquel monte, como el pedestal en que el patíbulo se levantaba. Complemento y redención de todas las tragedias, la víctima propiciatoria ofrecía á la vida un modelo y al arte un ideal para que nuestro espíritu, al paladear lo trágico, comprenda que en su fondo puede hallarse el sumo bien y la belleza suma: el sumo bien, que consiste en sufrir y morir por el amor; la suma belleza, que no es sino el dolor y la muerte vencidos por lo sublime del sacrificio.

Y aquel Hombre perfecto no se limita á ser el divino protagonista de la tragedia redentora, sino que declara que la perfección de los demás consiste en imitarle, esto es: en tomar la cruz y seguirle. Es poco esto todavía: la sangre derramada por Él será manantial que ha de apagar la sed de los hombres. Los hombres be-

berán la sangre del Hijo del Hombre, y esa bebida los confortará, los purificará, los santificará. Lo trágico llega á la cumbre de la grandeza por el camino del misterio, á la vez que explica todos los sacrificios sangrientos de las generaciones anteriores, todos los dolores de las generaciones sucesivas y todas las extrañas delicias que siente el hombre al contemplar como fenómeno estético, según la frase de Federico Nietzsche, la terrible hermosura de las tragedias del arte y de las tragedias de la historia.

¿Comprendéis ahora por qué la tragedia era un rito religioso en la antigüedad? ¿Comprendéis por qué el martirio llega á ser la virtud de los fuertes y de los débiles, de los ancianos y de las vírgenes adolescentes en los primeros siglos del Cristianismo, y por qué las procesiones cristianas, por qué los penitentes y los flagelantes tienen forma de manifestación de arte trágico como recuerdo y simulacro de la tragedia del Calvario y de las tragedias del Coliseo?

La fe y la ciencia, la poesía y el arte nos hablan de una última tragedia: Los astros, rompiendo la ley de su equilibrio, chocarán unos con otros; las llamas de ese sol, que hoy nos dan la vida, extenderán quizá sus hilos rojos por el espacio infinito, y prenderán fuego al mundo. Un alarido universal hará crujir hasta los mismos cielos invisibles. El fuego consumirá toda materia creada: hombres y animales, vivos y muertos, plantas y metales... Un horno inmenso fundirá y purificará los seres... Pero ese no es el desenlace definitivo de la tragedia; la destrucción y la muerte no son fines, sino medios; el arte y la vida por igual se resuelven en un principio soberano de renovación y de justicia, sin cuyo triunfo no se explicarían ni la bondad de Dios, ni la mayestática belleza de los grandes infortunios.

Los seres destruídos volverán á ser. Renovados, como el oro, en aquel crisol terrible, comparecerán ante la Justicia y la Misericordia, que bajarán sobre un trono de nubes á proclamar la victoria final del Bien, á ceñir con lauros inmortales la frente de los

que lloraron, de los que gimieron, de los que padecieron hambre y sed, desnudez y abandono, de los perseguidos, de los calumniados, de los hijos predilectos del dolor... La tragedia se convertirá en un himno triunfal de todas las criaturas, porque hasta los mismos réprobos, reconociendo lo justo de su castigo, cooperarán á la armonía de las soluciones eternas en que cada ser tiene, ó lo que á su naturaleza corresponde, ó lo que su libre voluntad ha elegido.

Como en las tragedias del arte nunca deja de ser la catástrofe algo que lleva el sello de la justicia, porque al fin Edipo y Agamennón, Clitemnestra y Orestes son parricidas, y parricidas ó regicidas son Bruto y Nerón, Hamlet y Macbeth, Otelo y Herodes, y en sí mismos ó en el objeto de su amor deben sufrir y sufren la pena de su delito, en la cual consiste también el triunfo de la Justicia, así en las tragedias de la humanidad que les sirven de modelo, los réprobos en el lugar y estado de su reprobación, y los justos obteniendo la recompensa merecida, desenlazan felizmente la trama sangrienta y dolorosa de la Historia.

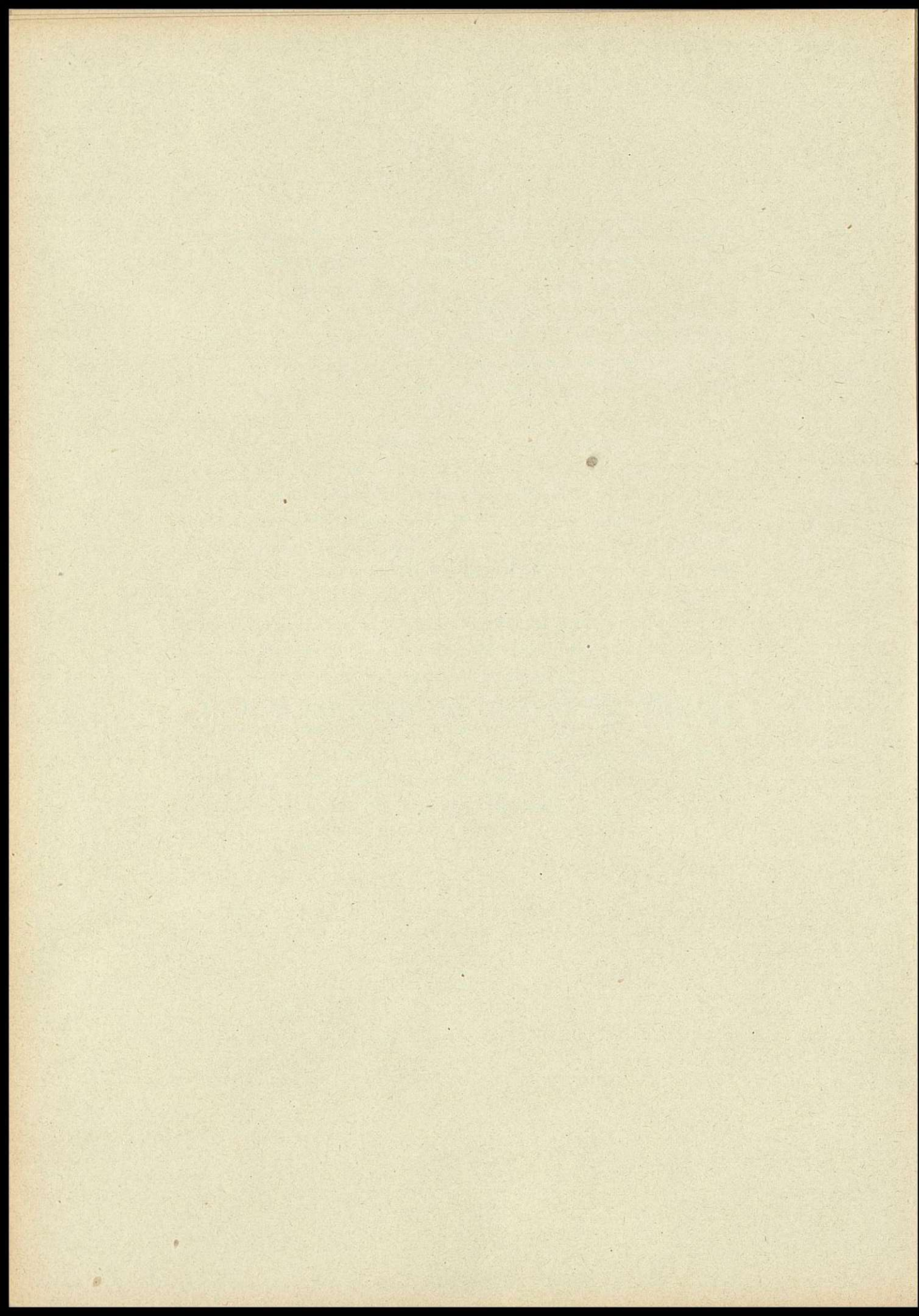
De este modo la Historia y el Arte, igualmente trágicos, pero igualmente bellos, acaban á un mismo tiempo, abriendo paso á la victoria de la Razón y de la Justicia supremas, ante las cuales no habrá una rodilla que no se doble, ni en lo más alto de los cielos ni en lo más profundo de los abismos.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ALEJANDRO PIDAL Y MON



SEÑORES ACADÉMICOS:

Bien venido sea al seno de esta docta Corporación el ilustre soldado de las letras que, teñido todavía con la sangre, el sudor y el polvo de los combates de la pluma, en que gastó casi todas las energías de su juventud y en que emplea los últimos esfuerzos de su existencia, llega á tomar asiento entre nosotros atravesando estos umbrales con el corazón conmovido, como el luchador infatigable que, cuando empieza á vislumbrar en perspectiva el cansancio y la postración, ve abrirse de par en par las puertas del templo de la inmortalidad, como debida recompensa y descanso á sus trabajos y fatigas.

El pensador, el escritor, el artista, el campeón durante más de cuarenta años en todos los palenques del pensamiento y en todas las arenas de la palabra, no ha esperado, ni ha pretendido, ni ha logrado, por tanto, otra distinción, otra honra, otra dignidad en su larga carrera por los accidentados atajos de la política y por los dilatados rodeos de la literatura, que la honra todavía soberana de sentarse aquí en uno de estos pedestales en que, después de todo, han tomado asiento con gratitud y con honor casi todos los varones ilustres que, para honra de las letras, han florecido en España, y que han legado, al subir á otro mundo mejor, el recuerdo de su valer y de su gloria á los fastos de esta Academia.

Y, caso verdaderamente extraño y particular; aun esta honra retardada, ha tenido que retrasarse todavía más por culpa del que sólo tiene en abono de sus trabajos su diligencia, no por falta de voluntad, sino por caso accidental de fuerza mayor, como si hasta los mismos elementos se conjuraran contra toda idea de que llegara á recibir ninguna especie de recompensa ó de premio el que toda la vida lidió sólo por el honor que lleva oculto en sus humildades el sacrificio, y sólo acertó á ceñir sus sienes encanecidas por la labor y la fatiga del pensamiento, con el lauro modesto de la abnegación, que si pasa inadvertido por la plaza pública entre las gentes, no deja de ser para la frente que lo soporta doloroso y punzante como una corona de espinas.

El caso es que yo había compuesto un ordenado y bien documentado discurso sobre su persona, sus obras y la tesis de la oración que acabáis de oír, y estaba yo como satisfecho de mi trabajo, tanto por el parecido del retrato de cuerpo entero del autor, como por el concienzudo análisis de sus obras, como por las consideraciones que á mí se me antojaban profundas y originales sobre el tema; y fuese castigo de mi vanidad, ó lástima y compasión de vosotros, ó hado cruel del escritor ó misteriosa disposición de la Providencia que, queriéndole coronar dignamente de gloria en el cielo, aparta de su frente todas las coronas de laurel de la tierra, una ráfaga de ciclón, penetrando por una ventana abierta, en una noche de tempestad, lo barrió de sobre el tapete de una mesa, y las hojas, en el revuelto torbellino de su girar, se dispersaron por los aires, como todo se dispersa en la historia de la humanidad al soplo de los huracanes del tiempo, para demostrar á los hombres que sobre el polvo de las vanidades mundanas sólo acaba por levantar su trono perdurable el olvido.

Perdone, pues, el nuevo Académico que, á trueque de no dilatar más su entrada en esta Academia, sustituya su biografía con su nombre, que es toda una honrosa biografía; el análisis de sus producciones dramáticas con el recuerdo de los estrepitosos y no

comprados aplausos que el vigor calderoniano de su musa arrancó con el estro de su inspiración á todos los ámbitos de la escena, y el estudio de los sentidos, elocuentes y celebrados artículos de sus afamadas y trascendentales campañas en la prensa, con una mirada nada más, pero penetrante y profunda, sobre el palpitante espectáculo de la historia de nuestros días, en que, como al conjuro de nuestra voz y al clamor de nuestros gritos de guerra, la sociedad se conmueve y se altera como un hondo é inmenso mar que lleva el espíritu del Señor flotando sobre sus aguas.

Comprendo que por esta omisión de nombres, textos, fechas y datos prolijos y detallados, aducidos al por menor, se me tachará de cruel, de torpe y hasta de olvidadizo, por no analizar, una en pos de otra, sus diez ó doce producciones dramáticas desde *El Celoso de Sí mismo* á *La Flor del Espino*, tan celebradas por la crítica como aplaudidas en el teatro; sus diferentes novelas devoradas con avidez, como se ve en las agotadas ediciones de *La Paloma Blanca* y *La Caza de la Orquídea*; sus varios volúmenes de estudios y trabajos históricos, religiosos, literarios y artísticos, sobre *Felipe II y su tiempo*; las *Armonías cristianas* y los titulados *Ecos de mi fe*; con otras *Conferencias* y *Poetas* y artículos entresacados de entre el torrente desbordado, atropellado y fugaz que se esparce por las publicaciones periódicas, y publicados aparte, como gotas cristalizadas en diamante sobre las hojas de las flores en las orillas del raudal. Pero no he de dilatar un instante más el momento de la imposición de la codiciada medalla; aunque sea duro para mí no consagrar ni un recuerdo á aquel *histórico lebre* tendido en los umbrales de la cerrada puerta del propio hogar, donde, mal herido y maltrecho velaba, despreciando las inclemencias del cielo, el sueño tranquilo de su señor, que le arrojó de sus lares para reemplazarle, con imprevisión obcecada, por el lobo mal disfrazado de mastín: recuerdo que constituye uno de los triunfos más espléndidos para un escritor; ni detenerme siquiera á considerar al celebrado hijo pródigo, arrojado por la

maldición paterna de su casa, pirata y soldado del Archiduque, que, acorralado como una fiéra, penetra por una ventana en su propio hogar, cayendo á los pies de su misma hija, que sin conocerlo lo rechaza, hasta que lo adivina después y lo abraza, lo defiende y perdona en la más dramática, interesante y patética escena que ha podido estremecer un teatro, y en que no se sabe qué admirar más, con una admiración más sincera, si lo trágico del conflicto, la energía de la pasión, la intensidad del sentimiento, la valentía de la expresión ó la pujanza del verso con que alborotó todo el público, levantando á los espectadores en masa para aclamarlo una y otra vez, con juicio avasallador y espontáneo y que ratificó serenamente después la crítica literaria de sus más encarnizados adversarios en el campo de la contienda social.

No hay tiempo para declamaros la escena, ni yo la he podido mutilar, aunque lo he intentado cien veces, ni la escena entera dejaría de clamar por el acto, ni el acto por todo el drama, como miembro proporcionado, modelado y viviente aún que exige imperiosamente la integridad y la armonía del cuerpo á que pertenece y que lo completa y realza.

Tampoco lo tengo para citar algunos párrafos escogidos de sus artículos afamados. Quizá la injusticia de la preferencia otorgada motivó la airada intervención de los cielos, y no es caso de reincidir. No es por fragmentos como se estima la obra continua, armónica, monumental del arquitecto que labra y construye un alcázar, un anfiteatro ó un templo. La labor literaria de Valentín Gómez (apeándole el tratamiento según uso de la inmortalidad) es, como su labor social y religiosa, á la manera de las murallas que guardan y defienden una ciudad, que no se aprecian por los primores de una torre, sino por la elevación y solidez del conjunto que la hacen inexpugnable á los asaltos del enemigo, y asilo, por lo tanto, seguro, de la vida, de la propiedad y el honor de sus habituales moradores.

Ahí están, si no, sus recientes y afamadas campañas en *El Universo* en defensa del orden universal cristiano de la civilización

européa, amenazado por la barbarie del salvajismo novísimo, y, francamente, ¿habrá nadie, correligionario ó adversario político de su autor, que no se complazca en declarar en su elogio que son como la voz de bronce perenne del sentido común y del sentido moral de la humanidad bautizada, pronunciando en sonora y castiza habla española los oráculos de la verdad á los oídos del patriotismo sincero y de la honrada buena fe?

Sólo el reposo, el descanso, la satisfacción como de ojos que se recrean y se gozan en la luz, y como de pechos que respiran ambiente sano, que veo á diario dibujarse en multitud de lectores de *El Universo* al saborear los artículos firmados con una G. vale tanto como todos los premios internacionales del mundo, aunque no los cotice la vanidad ni se cifren con guarismos de oro. Por lo mismo que nunca he adulado al periodismo, no quiero desconocer ese mérito de su labor especial. Es el trabajo de la abnegación que sacrifica el esplendor personal á la eficacia del trabajo, y aun en la esfera de la santidad y del heroísmo, no es sólo grande el autor de una acción verdaderamente estupenda, estupendo es también á veces, y acaso más, una vida empedrada de virtudes modestas, pero tal vez más difíciles de ejecutar, porque no llevan su estímulo ni su recompensa en el brillo.

El mundo no suele entenderlo así; pero más arriba del mundo vela la mirada escrutadora y penetrante de Dios, que cuenta y mide los méritos por su verdadera grandeza, y hay ocasiones en que sacrificar una vanidad es á sus ojos más heroico que tomar una fortaleza y más santo que resucitar un cadáver. El apóstol anónimo de la verdad es más admirable en este sentido que el filósofo y que el tribuno: sacrifica su gloria personal al éxito de su empresa, y ese es un testimonio de sinceridad que trasciende á la grandeza y al porvenir de la obra.

En resumen: para acabar los breves trazos de este bosquejo, os condensaré mi opinión diciéndoos que, en realidad, Valentín Gómez es un escritor, artista por vocación y polemista por oficio;

que su numen es castizo, como tradicionalista á la española; que su estilo es genuinamente nacional, como expresión de las creencias y de las pasiones de la raza, y que su clasificación doctrinal obliga á encasillarle en la lista de los escritores hispanos que nutrieron sus conceptos con Balmes y su estilo con Donoso Cortés, con lo cual armonizaron la corrección externa del lenguaje con la corrección interna del pensamiento, apartándose tanto del provincialismo estridente como de la paradoja dogmática en que respectivamente incidieron ambos ilustres publicistas.

Con esto queda hecho el elogio del escritor, á mi juicio, pues si Balmes tocó la meta del pensador como crítico filosófico de la historia, Donoso Cortés la tocó, y aun estimo que hubo de dejarla atrás, como orador grandilocuente, y uno y otro, á su vez, estuvieron á cien mil leguas de esa otra desdichadísima aberración que, basando la apologética cristiana en el absurdo y la injuria, parece como que no tiene otra finalidad que hacer aborrecible la Religión y dejar desierta la Iglesia.

A esta secta jamás ha pertenecido Valentín Gómez, antes estimo yo como uno de sus timbres más preclaros haber padecido su contradicción, que es como una señal inequívoca de haberse mantenido constantemente firme sobre los sólidos cimientos de la fe y haber conservado siempre viva en su pecho la ardiente llama de la caridad.

Saludemos, pues, al escritor, demos el parabién al poeta, abramos los brazos al hombre de bien, al caballero de intachable nobleza, que viene á formar coro con nosotros, trayendo, sí, como hemos dicho, melladas y abolladas las armas tintas en sangre, reciente aún y largamente vertida en buena lid y heroicamente derramada en las batallas del Señor, pero limpias de toda tacha que pudiera empañar con la sombra del deshonor su brillo. En sus cuarenta años de escritor público, ya colmados, Valentín Gómez habrá ensayado seguramente en sus innumerables polémicas todas las estrategias para triunfar; pero jamás, estoy segurísimo de ello,

pasó por su mente usurpar en provecho propio la vieja y no desusada táctica de los eternos hijos de Voltaire: «Calumnia, que algo queda».

Ya os he dicho en cifra todo lo que había diluído y acompañado con pruebas sobre nuestro nuevo compañero, y sólo me resta, para cumplir con mi obligación, deciros algo sobre su discurso.

Su discurso, como acabáis de oír, es la confirmación más palmaria de mis asertos sobre sus creencias, sus principios, su elocuencia y su estilo; es como la uña del león. Por la garra se adivina toda la formidable majestad del terrible rey del desierto.

En cuanto al asunto, el nuevo Académico, arrastrado por su entusiasmo á Balart, ha tomado por argumento de su oración académica: *Lo trágico*, y elevándolo á las esferas de esta Corporación, ha formulado su tesis: *Lo trágico en el Arte*, para empezar preguntándose: *¿Por qué amamos lo trágico?*, y acabar respondiéndose: *Por que el Arte es imitación de la vida y la vida es trágica á su vez*.

No creo haber podido condensar más brevemente, ni mejor, la síntesis filosófica de su discurso.

No voy, como podéis comprender, señores, á repetir, ni á confirmar, ni á amplificar, ni menos á rebatir la tesis del discurso que acabamos todos de aplaudir con verdadero entusiasmo, y voy sólo, para acabar, ya que la obligación del papel que represento me lo impone, á procurar reducir en pocas palabras á razones irreductibles la esencia misma de la tesis con el auxilio de la ciencia, es decir, acudiendo á la filosofía. Así, ya que mi apadrinado os haga recordar de cerca los nombres de Balmes y de Donoso Cortés, yo procuraré haceros recordar, aunque de lejos, el nombre del Padre Zeferino, los tres nombres más grandes de la ciencia católica española en la edad presente, y tres glorias, solariegas, al fin, de esta inmortal Academia.



Mucho se ha escrito y se ha hablado sobre lo *Trágico*, y mucho más se puede hablar y escribir dejando correr la palabra ó la pluma por los vastos horizontes de la imaginación y el sentimiento; pero para el filósofo que se propone cifrar en cifras irreductibles el valor ontológico de las causas, lo es *Trágico* propiamente la lucha entre la *Nada* y el *Ser* en los seres inteligentes creados, hijos, por lo tanto, del *Ser asé* que los creó, y de la *Nada* de que fueron propiamente educidos.

El *Ser* los lleva como por la mano á su *ordenación*, la *Nada* los solicita con su deficiencia al *desorden*, la lucha rompe y destruye muchas veces el equilibrio inestable, y la *Tragedia de la Lucha* se convierte en la *Tragedia de la Culpa* para acabar en la *Tragedia de la Expiación* con que el *orden violado por la culpa*, que lo realza con el *contraste del desorden*, se *restaura* por la *reducción* de la *pena* con el *sacrificio*, en la esfera de un *orden perfecto y superior*.

Esto es, á mi ver, lo *Trágico*, tanto en la *vida* como en el *arte*. En la vida lo trágico asciende desde lo *individual* á lo *histórico*, según la acción es pública ó privada; en el arte lo trágico es, ante todo, lo *trágico ideal*, que transfigura lo *trágico de la vida*; el arte y la realidad se identifican en la cima de lo *trágico religioso*, y en las invisibles esferas de la excelsa divinidad lo trágico se disuelve y se transfigura en lo armónico de una belleza superior que, para acercarse á la divina, necesita exaltarse sobre la *Cruz*.

Para apreciar debidamente en la *vida* lo trágico, son necesarias la Fe, la Esperanza y la Caridad, que engendran la resignación y abren franca entrada al consuelo; para apreciarle en el *arte* es indispensable la inteligencia, que sabe ver la llama oculta y misteriosa del numen, que, circulando por el organismo estético de la fábula, esplende los rayos divinos de la belleza sobre las caríatides del dolor que sustentan el *orden religioso* en que se consuma la *Tragedia*.

Y el fundamento del *placer* con que presenciamos lo *trágico* en la escena sólo puede explicarse debidamente por el *amor* que nos causa la *admiración* de lo *sublime*.

Digo esto, porque buscando en horas de meditación respuesta satisfactoria á la incontestada pregunta de *¿Por qué nos causa placer el espectáculo del dolor?*, y arrojadas lejos de mí con desdén todas las contestaciones de oficio de los manuales literarios informados con más ó menos intensidad en las *Retóricas* y *Poéticas*, me lancé desesperado á la *Suma teológica* de Santo Tomás á buscar entre sus páginas la respuesta á pregunta, al parecer, tan incongruente con su título. Una inveterada costumbre de hallar el fundamento de toda verdad científica en aquel alcázar del saber me hizo recorrer con ansia los escalonados peldaños de su vasta pero lógica construcción, y en el artículo tercero de la *Cuestión XXXV*, en que se pregunta el Angélico: *Utrum tristitia sit contraria delectationis*, tropecé, como siempre, con el grano de oro nativo en que se reconcentra y resume la clave de la cuestión. Cuando las doctrinas son altas, hondas, lógicas y ordenadas, no se puede menos de hallar en ellas las soluciones más claras de los problemas más profundos y á las contradicciones patentes más irreductibles al parecer.

Propónese Santo Tomás, en la citada parte de la *Suma*, la paradójica cuestión, es á saber: «Si la tristeza es contraria á la delectación»; y en la objeción segunda argumenta que «Uno de los contrarios no sirve de denominador al otro; pero que en ciertos casos el dolor y la tristeza son agradables. De este modo dice San Agustín, que *el dolor agrada en los espectáculos*, y que *aunque las lágrimas son amargas, deleitan algunas veces.*» Y aunque en el cuerpo del artículo establece, conforme á la doctrina aristotélica:—que la contrariedad es diferencia según forma,—que la forma del movimiento se toma del término,—que el término de la delectación es el bien, y el de la tristeza es el mal,—y que siendo estos términos contrarios, contrarias tienen que ser la de-

lectación y la tristeza; al contestar á la segunda objeción, concede que, como nada impide que un contrario sea causa del otro por accidente, el dolor puede ser agradable por accidente también, como cuando va unido á la admiración, como sucede en los espectáculos, y cuando está relacionado con nuestro amor. Pues por la misma razón que el amor nos deleita, el dolor y todo lo que resulta del amor nos es agradable en tanto cuanto se siente en ello el amor, y por esto pueden ser deleitables los dolores en los espectáculos, porque en ellos se siente una especie de amor hacia aquellos personajes que los autores nos recuerdan.

Profundizando con vigor en esta hondísima doctrina, salta á la vista que la *admiración* á que podríamos llamar el *estupor de lo sublime* es la causa próxima del *amor* que experimentamos por el *héroe de la tragedia*, y como todo lo que le atañe nos toca, asistimos con interés á las peripecias de su suerte, deleitándonos en la emoción que el relato y la contemplación de sus desdichas nos causa, á la manera que la infeliz Reina de Cartago sintió el agudo dardo clavado arteralmente por el amor en ocasión de escuchar la relación de los infortunios de Eneas. Lo que confirma una vez más, en el terreno psicológico, la gran teoría ontológica de que el fundamento de todas las demás pasiones es el amor; y como el amor nos deleita, con la unión y goce del amado, todo lo que lleva el amor y al amor se refiere y de él resulta, incluso la tristeza y el dolor, nos agrada, como agradan al amante el frío y el calor y la fatiga y la mala noche y peor día que pasa en servicio de la causa misma de su amor.

Y si ahondamos en estas consideraciones, tropezaremos con la razón sublime del amor incomprensible á la *Penitencia*, con el goce increíble de la *Abnegación*, y hasta con la fruición absurda del *Sacrificio*, transformados de tormento en deleite por la sola fuerza del amor; que ya nos lo atestiguaba Santa Teresa, en aquella *Glosa* como suya:

Si el *padecer con amor*
puede dar *tan gran deleite*,
¿qué gusto no dará el verte?

por donde claramente se ve que la pena puede y debe deleitar con razón cuando procede del *amor*; *amor* que suele tener por puerta la *admiración* que nos embarga ante la aparición de lo *sublime*, que esplende de pronto ante nuestros ojos deslumbrados, como el disco fulgente del sol entre las nubes desgarradas.

Renuncio, Sres. Académicos, espontáneamente aquí, á la tentadora excursión por los gloriosos anales del Arte heleno, en busca de la confirmación de esta tesis en las *obras maestras* de su teatro, como renuncio á demostraros que con ellas coronó la misión que había recibido de la Providencia, y que le reconoció agradecida, justa é ilustrada la Iglesia en sus libros canónicos y hasta en los ritos de su liturgia, de rescatar la personalidad humana por medio de su epopeya, de su filosofía, de su escultura y de su teatro, de los enroscados y sofocantes anillos de la serpiente oriental, que hubieran ahogado toda civilización occidental en el mundo antiguo, á no haber sucumbido el monstruo de Pitón á la flecha despedida por el arco de Apolo.

Básteme sólo establecer como verdad demostrada, que el arte griego llegó á través de las obscuridades dogmáticas de su absurda mitología, á entrever y saludar al Dios verdadero por la vía luminosa del culto ideal á la belleza que le condujo al presentimiento y la intuición de las más elevadas cumbres del orden moral y religioso por la tragedia principalmente, cuyo fin, enigmáticamente al parecer, formuló Aristóteles en aquellas célebres palabras habitualmente desfiguradas en su texto, en que afirma: «que se da el nombre de trágico á lo que por medio del terror y la compasión purga estas pasiones», fórmula torcidamente interpretada además comúnmente y que sólo puede expresar, dada la sólida y profunda y elevada filosofía de su autor, la ordenación de las pasiones del alma, por el terror y la compasión, purificados, á los males

que su desorden acarrea, por efecto lógico y natural de la sabiduría y de la bondad del Eterno.

Verdaderamente, es necesario confesar que Grecia, con su civilización y su genio, demostró al realizar el ideal de la humanidad en todo su posible apogeo después de la culpa y la caída del hombre, que no se podía ir más allá en el orden meramente natural, y que era indispensable la aparición del orden sobrenatural y la epifanía del ideal absoluto, preparando así, por soberana manera, los caminos de la redención, como prólogo humano del Evangelio.

No confundamos, pues, el arte humanamente divino de la sabiduría griega con su decadencia y degeneración, y hasta su profanación romana y sus plagios frustrados como meramente formales en la edad moderna, cuyos autores ni siquiera acertaron á sospechar la doctrina religiosa que informaba y que animaba sus modelos.

El *Destino* que el gran San Agustín combatía en los estoicos romanos nada tiene que ver con el providente Gobierno de la Divinidad en los seres libres, ni la libertad de las causas segundas á inteligentes se opone á la eterna y absoluta inmutabilidad de la Causa Primera, á que también llamaron *Destino* muchos escritores cristianos.

Los dioses que intervienen en la tragedia clásica, más que verdaderas divinidades son mitos supernaturales de la fábula, que protegen, auxilian ó contrarían los propósitos de los héroes, que obran siempre al fin y al cabo por propia, voluntaria y reflexiva determinación; y sobre todas las pasiones y los conflictos que los agitan y conmueven, se oye la voz solemne del coro que, con sus lamentos ó advertencias, es como el eco imperecedero de la eterna verdad, que resuena y que vibra bajo las inmensas bóvedas de la Creación, entonando el himno sagrado del Orden al Supremo Ordenador de los Cielos.

Por donde claramente se ve toda la grandeza moral y religiosa de la tragedia en la clásica antigüedad, que es grande por la gran-

deza de sus misterios, de sus asuntos, de su concepción y sus tradiciones; grande por el sentido religioso y casi divino de su enseñanza; grande por el resplandor artístico de su belleza ideal; grande por la grandeza de su argumento, por la serenidad y la razón, que son como el imperativo moral del héroe y como la norma de la ley; grande por la magnitud y la violencia de las pasiones que le extravían y le arrastran en castigo de sus errores y faltas contra la piedad, y grandes por los actos heroicos de grandes y trascendentales consecuencias á que dan lugar estos castigos de Dios, que son trágicos porque son grandes; y por donde se ve, además, que la grandeza es condición esencial de la tragedia para producir el asombro y sumir en el estupor, con lo que se comprueba la admirable doctrina de Aristóteles, de San Agustín y Santo Tomás, que señalan la admiración como fundamento del goce trágico.

Goce artístico, es verdad, pero goce también religioso ante la alta serenidad, el hondo y sentido respeto, el profundo acatamiento y temor, la violencia irresistible y pujante que se dan solemne cita en la escena para purificar con la vibrante emoción de su espectáculo, el terror y la compasión, purgándolos de toda otra lástima y miedo de los que causa y merece el violador del orden moral consagrado por el divino, castigado inexorablemente con la justicia del Destino superior á todos los dioses, y que, según la tremenda frase de Esquilo, «á cada nuevo crimen afila en la piedra de otro crimen el hierro de la Justicia».

¡Con cuánta razón Alberto Magno, el maestro de Santo Tomás, al exponer por qué razones la Iglesia formula nada menos que en el divino sacrificio de la misa sus imprecaciones en griego, á pesar de ser el rito en latín, escribe que la primera aducida por los Santos Padres es que en Grecia floreció la más sublime filosofía, pues, como dice San Pablo, «los judíos piden milagros y los griegos buscan el saber»; y siendo la invocación al Señor la suma sabiduría, le corresponde al griego expresarla en el sacrificio divino, que es lo sumo de la sabiduría celeste, porque

Grecia fué el pueblo de la gentilidad en que más sobresalió la sabiduría que se alcanza por la razón, por donde pudo llegar al cabo, por la razón, á la fe.

Pero dejemos á la tragedia clásica marcando con los nombres de Esquilo, de Sófocles y aun de Eurípides, la meta de un arte imposible de superar, y que ha cerrado inexorablemente su ciclo, para abordar el terreno erizado de cumbres y sembrado de abismos de lo *trágico en la vida*, tanto individual como histórica, de la tragedia universal en lo pasado, en lo presente y lo futuro que nos descubren las Escrituras, nos enseña la Historia universal y nos anuncian las Profecías.

Tétrico, imponente, aterrador en verdad nos lo presenta la elocuencia, apocalíptica á veces, de nuestro nuevo compañero, en su mirada sintética y perspicaz por todo el orbe de los mundos, y nada tengo que oponer á su implacable exactitud.

Sin embargo, hay misterios en nuestra Religión, hay alturas en nuestra Teología, hay profundidades en nuestra Metafísica que, sin negar ni atenuar en un ápice esta verdad, dejan adivinar horizontes de más rientes aunque lejanas claridades, que destilan suave y consolador rocío en el alma desolada por el árido sople de la desesperación.

Si habéis meditado sobre el pavoroso problema del origen del mal, que tanto fatigó la luminosa mente de San Agustín hasta que logró darle solución científica verdadera; si habéis arrojado lejos de vosotros todos los matices del dualismo maniqueo en su perpetua evolución; si os habéis abismado en las lucubraciones profundas, pero sólidamente trabadas del ciclópeo razonamiento de Santo Tomás, habréis deducido una consecuencia clara y espléndida como la luz: que el origen ontológico del mal es el bien; que el bien es á veces efecto accidental del mal, y que Dios, bien sumo por esencia, sólo permite la existencia del mal porque, con su soberano saber, querer y poder, puede y sabe y quiere convertirlo en bien finalmente.

Si de los abismos de la Filosofía os remontáis á las alturas de la Teología, os hallaréis al indagar, con el terror del que escruta los misterios divinos, las sublimidades recónditas de la unidad personal de Cristo, en su doble condición de *viador y comprensor* (que le permitían merecer por el sufrimiento y gozar por la visión de Dios), que esta aparente contradicción se explica y se resuelve por la distinción entre la razón superior de Cristo y sus potencias sensitivas. Con las últimas *se entristecía hasta la muerte* al considerar con la razón inferior los pecados de los hombres y los castigos consiguientes que martirizaban su amor, mientras que con la razón superior, gozando de la visión beatífica, lo veía todo convenientemente ordenado en Dios, según la Divina sabiduría, por donde, como dice Santo Tomás, Jesucristo se regocijaba según la razón superior contempladora de la sabiduría divina de lo mismo que deploraba, según los sentidos, la imaginación y la razón inferior considerada en el mundo. De donde claramente se colige que este desorden perturbador que tanto nos aflige y asusta está, al fin y al cabo, ordenado á otro orden sobrenatural y supremo, en que pecados, castigos, martirios y persecuciones y todo cuanto aquí nos parece injusticia é impunidad por parte de la Providencia, nos aparecerán como piedras preciosas y como sillares de oro superpuestos y escalonados del templo de la gloria de Dios, en que brillarán esplendentes sus dos atributos eternos: la justicia ejecutándose en los malvados tiranos y la misericordia colocando, como premio de su paciencia, á las víctimas inocentes, la corona gloriosa de la inmortalidad sobre la palma del martirio. Es decir: el orden acabado y perfecto, la armonía definitiva y total, el reinado venturoso de Dios y su voluntad soberana, así en la tierra como en el cielo.

Aún nos queda otra consideración altamente consoladora, que se basa en los cimientos más hondos del dogma y de la revelación, que proclama, con incesante testimonio, la Historia, y que hasta viene como á confirmar con sus leyes, la construcción cien-

tífica más soberbia que ha levantado la impiedad. Hablo de la ley famosa, trascendental, de la dialéctica Hegeliana, que, robada, por atisbos del cielo, del seno de los misterios más altos, forzó á plegarse á su inflexible é inexorable decreto á todo el orbe de la realidad, que es todo el orbe de la idea.

Los tres momentos de aquella ley, que aún subsiste y anima la metafísica negativa del monismo dinámico materialista, de sobra los conocéis. Recordáis la *Tesis*, que pone y afirma; la *Antítesis*, que destruye y que niega, y la *Síntesis*, que compone y que unifica, fundiendo en su seno las dos.

Pues bien: aplicando esta ley dialéctica, que es en el fondo la misma ley soberana de la filosofía moderna evolutiva, á los dogmas revelados de la Religión, delante del tribunal augusto de la Historia, os diré que el primer momento, ó la *Tesis*, en la historia de la humanidad fué el estado de la *Justicia original absoluta*, el estado de *inocencia* de Adán, salido de manos del Creador ordenado á su felicidad solamente.

El segundo momento, ó la *Antítesis*, es el estado de la *culpa* por el *pecado original*, que produjo por la rebelión el *desorden*, rompiendo el *orden* establecido por Dios y condenando al hombre por la rotura de su equilibrio al dolor, á la desgracia y á la muerte; (hecho que no se puede negar, tan palpable se mete su realidad por los ojos).

Y el tercer momento, ó la *Síntesis*, es el *orden* que llamaremos *cristiano*, que abriendo á la esperanza las almas, redime al hombre con su dolor, con su desgracia y con su muerte de la pena de su infelicidad, transformándole y restaurándole de nuevo en la soberanía de su razón, que es el solio de su dignidad, el cetro de su libertad y la corona de su imperio, y llevándole por el camino del amor desde la postración de la bestia hasta las elevaciones del Angel. ¿Qué digo? Hasta el solio supremo de la Divinidad, adonde no hubiera subido nunca sin aquel tremendo pecado á que la Iglesia llama *felix* por haber merecido tal Redentor.

Resulta de esto que al *orden de la inocencia*, que era el reinado de la virtud en las armonías del Paraíso, sucedió el *desorden de la culpa*, que es el reinado del mal en la historia pagana del mundo antiguo, ¡el mundo de la idolatría y de la esclavitud! y que á este reinado del *desorden* sucede en parte, y habrá de suceder totalmente, el *orden superior, definitivo, perfecto*, que se compondrá de la sabia combinación de los dos; siendo el desorden como la sombra á la luz, realce potente de los esplendores de su brillo, ocasión y estímulo al heroísmo de la virtud en el bien, y aplicación adecuada del gran principio de la justicia, que contribuirá, combinado con el gran principio de la misericordia, á la mayor perfección del universo renovado, que realizará la perfecta glorificación por las criaturas, de Dios, descollando entre estas criaturas, por la mayor belleza moral, esplendor y brillo y grandeza de su santidad los justos crucificados en las tragedias de la vida y la historia, los humildes perseguidos, vejados y oprimidos que supieron con su paciencia espiar los desórdenes de sus culpas, merecer el auxilio de Dios y restaurarse tomando por modelo á Cristo, llevando sobre sus hombros la *Cruz*, que es el *árbol sintético* de la *té debate del árbol de la vida* y de la *antítesis del árbol del bien y del mal*. Los tres símbolos paradisiacos de la *Trilogía* sublime en que se divide y se encierra la *Tragedia de la Humanidad*.

Y así tiene necesariamente que ser, porque, señores Académicos, si Dios es el Ser y como tal la bondad y, por tanto, la omnipotencia, ¿cómo podrá prevalecer la Nada informe *¡que no es!* en el desenlace del drama?

Si la *Obra Maestra* de la Creación es para la gloria del Creador, ¿cómo había de fracasar la *Obra Maestra* del gran artista ¡por virtud de la soberbia de un ángel y de la flaqueza de un hombre?

Si el Misterio de la Redención fué obra directa y personal del Altísimo, que *se hizo hombre para morir y pagar con su sangre la deuda!*, ¿cómo será posible dudar de que todo el que quiera girar contra esa paga se salve?

Y si esta salvación es la gloria en la *Eternidad!*, ante la cual son un soplo todos los siglos del tiempo, y menos que un soplo aún los fugaces instantes de nuestra vida, ¿dónde está el triunfo del mal?

¿Será (y nadie me podrá seguramente tachar de no abordar la cuestión en sus mayores dificultades) que el mal estibaré en la impiedad de los que no habrán querido salvarse, frustrando estúpidamente así el beneficio de Cristo? A esto tan sólo se me ocurre una contestación, pero, á mi ver, concluyente.

¡Vasto, colosal, espantoso, es el torrente del mal que inunda y arrasa la tierra por la rebelión de Luzbel y la caída de Adán, desde el fratricidio de Caín y la catástrofe del Diluvio, hasta la apostasía final, y el triunfo del Antecristo! ¡El mundo antiguo, que no fué más que el mundo sin Dios, llegó al colmo de las maldades sociales, y el salvaje antropófago de las selvas y de las cavernas primitivas marca el grado de degeneración á que llegó la humanidad, abandonada de Dios en la Historia! ¡La idolatría y la superstición más infame se enseñorean aún de la mayor y mejor parte del Universo, y las ruinas sagradas de la Cristiandad señalan la marcha salvadora y triunfal de las revoluciones satánicas! ¡El escándalo y la impiedad llegaron á tomar asiento en los solios de los poderes más augustos en momentos de triste recordación para la historia del imperio y del sacerdocio!, y hasta los Santos más grandes que honra y venera la Iglesia ¡sólo han logrado merecer la palma de la victoria tras de encarnizados combates con los poderes del mal, que los asediaban pujantes por todos los ámbitos de la vida! ¡No hay por qué desconocer ni negar lo tremendo de la tragedia!... pero si, como es de fe y de razón, Dios sólo permite el mal para sacar de él el bien, ¿qué bien tan soberano y supremo no será el que, de tanto mal, saque al cabo la sabiduría de Dios?

¡Quizás es esta una de las razones más grandes para sostener la esperanza en el seno de la desolación que nos amaga siniestra de todos los puntos del horizonte!

¿Habrá acaso quien haga consistir el dolor y lo tétrico de la tragedia en que para restaurar en el hombre, en la familia y en la sociedad, el orden violado por la culpa, hay que purificarse y ordenarse y santificarse, sacrificándose entre los brazos de la Cruz? Si es eso, no quiero recordaros los arrobamientos de los amantes de este suplicio que han agotado el vocabulario de la pasión cantando las dulzuras de su t rmento; me basta repetiros la *Glosa* de Santa Teresa y ofrecerla de nuevo   vuestra consideración:

Si el *padecer con amor*
puede dar *tan gran deleite*,
 qu  gusto no dará el vertel

Ante este deleite experimental de la autora del *Padecer   morir*, yo repito que no veo aquí tragedia posible para el Amor, sólo la veo para Odio, y el Odio tiene su propia representación en la persona de aquel eterno culpable que definió la misma Santa Teresa con aquella triste y sublime definición: * El que no puede amar!*

 Las tragedias, pues, de la humanidad son sólo tragedias para el Odio, que al crucificar al Amor lo exalta y lo enaltece en su trono, para hacerlo digno de sentarse después   la derecha del Eterno Padre en la Gloria!

Esto no es contradecir el admirable discurso que acab is de escuchar; es completarlo solamente llamando vuestra atención hacia sus últimas palabras.

 Ah, si pudiéramos ver con los ojos del cuerpo cómo se desenlazan más arriba y abajo de donde estamos las tragedias todas de la tierra!

 Cu ntos suplicios levantados por los tiranos nos parecerían *altares!*  Cu ntas estatuas de h eros aclamados por las muchedumbres seducidas nos parecerían *picotas!*

El Infierno quiso levantar el más infame de los cadalsos para colgar de tres clavos en él al JUSTO, que pasó haciendo bien sobre la tierra, y ese cadalso fué la CRUZ, y la cruz es el CETRO

del Verbo creador, redentor, salvador y glorificador del UNIVESO en la GLORIA.

Decididamente los griegos tenían razón; la tragedia es *un animal perfecto*, y para gozar de su espectáculo bien, hay que contemplarlo todo entero.

Ya lo indica al final de su grandilocuente discurso el recipiendario: ¡Horrorosa tragedia será la tragedia final, cuando, roto el equilibrio del orbe, un torrente de fuego devorador lo envuelva y consuma todo, corriendo desde Oriente á Occidente, en las convulsiones tremendas del cataclismo apocalíptico en que perecerá el Universo!.. Pero, *¡Sursum Corda!* ¡elevemos los corazones á Dios! ¡el Sumo Artista por excelencia!.. ¡Nuevos cielos y nueva tierra cantarán la gloria del Hacedor! Y la Eterna Ciudad de Dios, la celeste Jerusalén, que será la patria definitiva de los justos, brillará deslumbradora y radiante con la luz de los rayos espléndidos que brotarán luminosos de las sagradas llagas de su Sol; ¡el *Divino Mártir del Gólgota!*, que ostenta sus heridas gloriosas en el seno inefable de la Santísima Trinidad, como si las honrosas cicatrices del dolor añadiesen un timbre más á la inmensa gloria, á la suprema perfección y á la soberana belleza del Dios *Uno y Trino* que está en los cielos!

Y es, señores Académicos, que, como lo afirma la sabia filosofía y lo comprueba la bella literatura, el *Dolor* es el *Alma del Sacrificio*, y el *Sacrificio* es la *Ofrenda purísima del Amor*, y el *Amor*, que es la *Vida* de la *Tragedia en el Arte* y que es *Alma* de la *Tragedia en la Vida* y que es la *Ley* de la *Tragedia en la Historia*, es la *Gloria* de la *Tragedia en el Cielo*, pues si por él, en él y con él nos es *agradable el dolor y deleitable la tristeza* aquí abajo por él, en él y con él se complace la Divinidad en el cielo en las sangrientas huellas de la pasión y hasta en el vil suplicio del esclavo, convertido en *ara del sacrificio ofrendado por el dolor al amor*, que hizo del sacrosanto madero de la cruz, tabla y teatro de la *Gran Tragedia Divina* que tuvo por *Victima* y *Héroe* al mismo Dios.

